

Trabajo Fin de Grado

La cultura femenina: Educación y Salones en la
Europa del siglo XVIII

Female culture: Education and Salons in eighteenth-
century Europe

Autora

Laura Roman Cabañas

Directora

Laura Malo Barranco

Facultad de Filosofía y Letras

Grado en Historia

Año académico 2020-2021

La cultura femenina: Educación y Salones en la Europa del siglo XVIII

Índice

Resumen	2
Introducción	3
Desarrollo Analítico.....	8
1. La educación femenina en el Siglo de las Luces.....	8
1.1. Antecedentes: la formación de la mujer en la primera Edad Moderna. Siglos XVI y XVII.....	9
1.2. La educación femenina en el siglo XVIII	13
2. El salón y las <i>salonières</i>	27
2.1. Orígenes e Historia de los Salones	28
2.2. Los salones ilustrados del siglo XVIII	31
2.3. Impulso e inspiración de los salones en la Europa del siglo XVIII	42
Conclusiones.....	44
Bibliografía.....	45

Resumen

La evolución educativa de las mujeres llevada a cabo durante el siglo XVIII fue una de las principales preocupaciones del movimiento ilustrado. El cambio en la formación de las niñas y las jóvenes fue clave para el propio desarrollo de la sociedad y la cultura, y la educación, un privilegio del que disfrutaron las jóvenes de la aristocracia y la nobleza, fue enfocada en los tratados pedagógicos de los autores ilustrados con fines utilitaristas y tradicionales creando para las damas un nuevo modelo a seguir, heredero de las pautas formativas femeninas de siglos anteriores.

A pesar de los condicionantes, las mujeres supieron usar los nuevos conocimientos adquiridos en diversos espacios para su propio desarrollo intelectual y personal. Como parte de este crecimiento fueron consecuencia la fundación de los salones en las principales capitales europeas durante el siglo XVIII, cuyo origen se encontró en París. Las *salonières*, se formaron como anfitrionas de espacios de sociabilidad dentro de sus hogares, desde los que regentaron el poder y participaron de los movimientos culturales del siglo XVIII.

Palabras clave: Mujeres, Historia Social, educación femenina, salones europeos, salonières, tratados pedagógicos, Ilustración, cultura.

Abstract

The evolution of women's education carried out in the 18th century was one of the concerns of the movement. The change in the upbringing of girls and young women was a key for the development of society and culture, absorbed in the novelties brought out by the Enlightenment, and Education, a privilege which was enjoyed by young women of aristocracy and nobility, was focused on the pedagogical treatises of the Enlightenment authors with utilitarian and traditional purposes creating a new role model for the ladies, successor of the formative female guidelines of past centuries.

Despite the difficulties, women knew how to use their new acquired knowledge in numerous areas, for their own intellectual and personal development. As a part of this growth, salons were founded in Europe's main capitals during the 18th century, whose origin was found in Paris. Salonières, prepared themselves as hostess of the sociability spaces inside their homes, where they managed the power and participated in the cultural movements of the Enlightenment.

Keywords: Women, Social History, female education, European salons, salonières, pedagogical treatise's, Enlightenment, culture.

La cultura femenina: Educación y Salones en la Europa del siglo XVIII

Introducción

Según los ideales del Siglo de las Luces «la mujer culta debía ser modesta y no hacer alarde de su saber, no mostrar una ambición por la cultura y notoriedad que fuese más allá del barniz de conocimientos necesarios para desempeñar un buen papel en la vida social»¹. Por lo tanto, siguiendo este pensamiento una doncella podía ser instruida, pero con un límite y nunca aceptando que se pudiese mostrar sabia.

Sin embargo, la situación fue algo diferente a lo que hubieran esperado los autores más tradicionales, pues durante el siglo XVIII se desarrolló en Europa el fenómeno de la divulgación de la cultura a través de la práctica ilustrada de la conversación. Un hábito, que, a lo largo de la centuria, amplió su público saliendo del estrato académico estricto hacia otros espacios públicos, como fueron los salones. Este cambio fue visto negativamente por algunos autores que no admitieron que las mujeres se introdujesen en el mundo intelectual, hasta aquel momento, reservado al ámbito exclusivamente masculino. A aquellas mujeres a las que su formación les permitió acceder a la cultura se las calificó con la figura satírica de bachillera, doctora, *femme savante* o *bluestocking*. Representándolas como amantes de exhibir su erudición y brillar en las conversaciones con los conocimientos adquiridos mediante la lectura de obras de divulgación de diversas materias. Al respecto, el alto funcionario español Pedro Díaz de Valdés (1762-1826) dijo que era inútil que las mujeres se formaran en tantos conocimientos, puesto que no podían demostrarlos y eran inadecuados para su género, además de que las volvían orgullosas.

Debido a este ambiente reglado, las escritoras recomendaron a sus contemporáneas que evitasen hacer ostentaciones de sus conocimientos y fuesen sensatas, evitando que las calificasen de bachilleras. En este aspecto la escritora española Josefa Amar y Borbón (1749-1833) se posicionó a favor de que las mujeres pudiesen participar en los espacios públicos de cultura siendo ella misma ejemplo de su pensamiento. Pero, consciente de la censura a la que podían ser sometidas si rebosaban erudición y, quizás compartiendo este punto de vista; desde su posición de intelectual femenina fue discreta, captó y recomendó corregir aquellos comportamientos que comprometieron su causa para «convencer a la opinión pública de que las mujeres tenían igual derecho y capacidad que los hombres para cultivarse»² Josefa Amar consciente de la importancia de defender la dignidad de su género, defendió con su elaboración intelectual – *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres por Josefa Amar y Borbón* (1790) –, la instrucción igualitaria de mujeres y hombres por ser un componente beneficioso para la sociedad; argumentando la calidad civilizatoria que tendría la igualdad. La educación de las mujeres según la pedagoga aragonesa tendría la finalidad de orientarlas para que pudiesen desenvolverse en el espacio público desarrollando sus capacidades intelectuales y

¹ BOLUFER, Mónica. *Mujeres e Ilustración. La construcción de la feminidad en la España del siglo XVIII*, Valencia: Institució Alfons el Magnanim, 1998, p. 148.

² *Ibidem*, p. 149.

habilidades sociales, de ahí que Amar y Borbón viese la necesidad de instruir a las mujeres. Según su obra, las conductas femeninas eran resultado de la instrucción separada y una deficiente falta de estímulo de los educadores hacia las alumnas que desfavorecían a las jóvenes.³

Otro importante autor que defendió la igualdad femenina en el siglo XVIII fue el religioso benedictino español Benito Jerónimo Feijoo (1676-1768) que en su discurso «Defensa de las mujeres» publicado en *Teatro Crítico Universal* (1726), desmontó el prejuicio de la inferioridad femenina acudiendo a su propia experiencia, argumentó que las cualidades femeninas también podían ser asociadas a los varones. El autor articuló su discurso entorno a la igualdad de los géneros y el reconocimiento por las mujeres de su propia dignidad otorgándoles autonomía y responsabilidad. Conocedor de la sociedad francesa y admirador de escritoras y *salonières* como Marie de Gournay o Madeleine de Scudéry estableció una comparación con España concluyendo, como ya lo hicieron Teresa de Cartagena (c. 1525- ú. t. s. XV), María de Zayas (c. 1590-1647)⁴ y Josefa Amar que la desigualdad entre mujeres y hombres como resultado de la educación. De esta manera «la falta de instrucción para las mujeres es la que explica la diferencia entre los sexos, pues ellas quedan privadas de la posibilidad de cultivar su igual entendimiento»⁵

Justificación

Para la elección de una temática específica dentro del marco de posibilidades para la elaboración de mi Trabajo de Fin de Grado supe desde un primer momento, que mi trabajo giraría en torno a la educación femenina y los salones enmarcados en el siglo XVIII.

Mi curiosidad por estas dos cuestiones aparentemente quizá distantes, se encuentra unida a mi interés por la Historia de las Mujeres y de Género, cuyas lecturas me acabaron llevando a la reflexión de cómo la educación de las mujeres y los salones del siglo XVIII estaban íntimamente ligados; pues sin las bases intelectuales de una formación educativa las *salonières* no hubieran podido desarrollar su actividad dentro de las costumbres de sociabilidad del Siglo de las Luces.

Con estas bases presentes, busqué estructurar el presente trabajo tratando de ver cómo influyó la formación de las pequeñas de la nobleza en su desarrollo cómo damas adultas pertenecientes a la alta aristocracia europea. Además, he querido plantear el modo en que estas mujeres siguieron formándose en diversos ámbitos de manera constante hecho que les permitió moverse en una sociedad intelectual, que en el pasado las había rechazado por su condición femenina.

La Historia de Género y de las Mujeres, tal como he podido comprobar a lo largo de estos años de estudio, suele quedar relegada a un segundo plano; sin, en mi opinión,

³ MADRUGA BAJO, Marta. *Feminismo e Ilustración. Un seminario fundacional*. Madrid: Cátedra, 2020, p. 50.

⁴ BOLUFER, *Mujeres e Ilustración...*, op. cit. p. 35 y 49.

⁵ MADRUGA, *Feminismo e Ilustración...*, op. cit. 47.

llegar a ser asimilada completamente dentro del discurso histórico, siempre protagonizado de forma más intensa por los varones, y siendo normalmente estudiada en profundidad únicamente en alguna asignatura específica y optativa.

Las nuevas corrientes de investigación impulsadas por grandes historiadoras como María Victoria López-Cordón Cortezo, Isabel Morant Deusa, Gloria Franco Rubio o Mónica Bolufer Peruga han sido pilares en el estudio del género para la España Moderna, ya que los trabajos sobre el pasado de las mujeres han constituido un punto y aparte en el estudio de la Historia Social. En ellos las mentalidades, la vida cotidiana y los grupos habitualmente marginados del poder han conseguido también ser los protagonistas, motivo por el que se ha puesto en valor la función destacada que ejercieron las mujeres en el transcurso de la Historia, en especial, en relación al desarrollo de la cultura y la sociedad de la Edad Moderna.

Con este trabajo busco reflexionar y reflejar la relevancia que tuvieron las mujeres de la alta cuna en el siglo XVIII, dotadas de poder gracias a los conocimientos que adquirieron de la esmerada educación ilustrada. Y a su vez, quiero presentar como su formación las hizo sujetos válidos dentro de la cultura intelectual de la Ilustración desarrollada entre otros espacios, en los salones de los que fueron anfitrionas y protagonistas. Aunque siempre teniendo presente que los avances del Siglo de las Luces, éstos siguieron siendo desiguales en cuanto a la condición social de las mujeres, pero positivos para aquellas que formaban parte de la nobleza y la aristocracia.

Estado de la Cuestión

El trabajo sigue dos líneas de investigación fundamentales, «la educación femenina» y «los salones» en el marco de la Europa de la Ilustración. El estado de la cuestión tal como queda planteado se inscribiría dentro de la Historia de las Mujeres.

La Historia de las Mujeres surgió en los años sesenta del siglo pasado heredera de la Historia Social, y en cuya epistemología y métodos de investigación y trabajo las historiadoras construyeron una corriente propia. La línea de estudios femeninos puede ser definida en los dos grandes enfoques que surgieron en su desarrollo entre los años ochenta y noventa. En primer lugar, la Historia de las Mujeres a través de las historiadoras francesas y donde fue clave la obra *Historia de las Mujeres* de Georges Duby y Michelle Perrot. Y, en segundo lugar, la Historia de las relaciones de Género seguida por la corriente anglosajona.

En el panorama historiográfico español actual, la Historia de las Mujeres es una de las líneas de investigación más activas, especialmente en la Historia modernista. Se trata de una corriente libre de prejuicios, característica que la ha hecho una disciplina receptiva, sugerente y en constante renovación. Y que la ha situado como referente clave para otras corrientes afines como «la Historia de la Familia, la Historia de la vida privada o la Historia de la vida cotidiana»⁶

⁶ FRANCO RUBIO, Gloria. «La Historia de las Mujeres en la historiografía modernista española» *Spagna e Italia in Età moderna: storiografie a confronto*, 2009, p. 39.

Los principales debates planteados por la corriente son: la periodización, lo doméstico, lo privado y lo público, las edades de las mujeres y la identidad femenina. El presente trabajo queda inscrito fundamentalmente, primero en la periodización, donde el problema es que la clásica división histórica no se adapta a la evolución histórica femenina. Para las historiadoras modernistas el Concilio de Trento supuso un hito en la situación social de las mujeres pues coincidió con la creación de un nuevo modelo femenino «sometida enteramente a la dominación masculina a través de la patria y potestad y de la autoridad marital»⁷, que moldeó el perfil de mujer ideal vigente hasta el XVIII. La difusión del pensamiento de la Ilustración permitió a las mujeres experimentar avances en su reconocimiento social, en especial en su talento – como se verá en el apartado de los salones – y en consecuencia en la educación, estableciéndose un nuevo modelo de igualdad.

La revisión de los tiempos de las mujeres provocó notables rupturas conceptuales y metodológicas que se reflejaron en el análisis del poder real y simbólico, y del trabajo doméstico y fuera del hogar en los diferentes ámbitos surgidos a través de los procesos históricos y los movimientos sociales. Y ello nos lleva al segundo problema donde queda integrado el trabajo, lo doméstico. Donde la redefinición del espacio social del siglo XVIII en dos espacios, lo privado y lo público fueron clave para reubicar a las mujeres en la sociedad; fueron limitadas al ámbito privado y apartadas del público. En este proceso se reconoció su inteligencia y se les permitió acceder a la educación, pero en los avances a favor de la domesticidad, triunfó el modelo de mujer doméstica.

Las líneas fundamentales de investigación en las que se ha desarrollado hasta la actualidad la Historia de las mujeres, son las mujeres en la vida familiar y doméstica, en la Iglesia y la religión, en la cultura, en el poder, en el trabajo, las razones que llevaron a su exclusión y los discursos y retóricas sobre el género femenino. Para el presente trabajo, es interesante primero tener presente la cultura femenina donde las mujeres son sujetos vistos desde una triple perspectiva: como individuos pasivos culturizados mediante la alfabetización de la modernidad, en especial la del siglo XVIII; como consumidoras de cultura mediante la lectura; y como activas mediante su desarrollo como autoras. Y el último punto, el discurso, ya que se integra a través de la educación en el análisis del discurso del lenguaje y en su interiorización en la sociedad hasta llegar a su asimilación logrando la modificación de la conducta de los modelos y los estereotipos culturales. Dos autoras fundamentales en este campo son Isabel Morant y Mónica Bolufer⁸. La primera buscó a través de sus estudios la representación de las mujeres en el ideario de los moralistas del Renacimiento, con el objetivo de unir la construcción del nuevo discurso con el análisis de la construcción social. Y la segunda, centrándose en el pensamiento ilustrado brinda en su obra el estallido de la polémica femenina, y los cambios y transformaciones que se dieron entre las mujeres en el Siglo de las Luces.

Metodología

⁷ *Ibidem*, p. 44.

⁸ *Ib.*, p. 49.

La metodología que he seguido para la elaboración del presente trabajo se fundamenta en diversas fuentes bibliográficas recogidas por una serie de historiadoras clave en la Historia de las Mujeres y en la Historia Cultural. Para el ámbito de la Historia de la educación femenina en el siglo XVIII he apoyado las bases de las siguientes líneas en los trabajos de las historiadoras Mónica Bolufer Peruga *Mujeres e Ilustración*, Gloria A. Franco Rubio *Cultura y mentalidad en la Edad Moderna*, Victoria López-Cordón Cortezo, Laura Malo Barranco *Nobleza en femenino*, Isabel Morant Deusa *Historia de las mujeres en España y América latina* y María Teresa Nava Rodríguez *La educación en la Europa moderna*. Y para el punto de los Salones femeninos del Siglo de las Luces – donde tuve algunos problemas para encontrar bibliografía – han sido claves las obras históricas de Bonnie S. Anderson y Judith P. Zinsser *Historia de las mujeres: una historia propia*, de Gloria A. Franco Rubio y especialmente la de Verena Von Der Heyden-Rynsch *Los salones europeos: las cimas de una cultura femenina desaparecida*.

Objetivos del Trabajo

La intención que busca el presente trabajo, es la de indagar cómo afectó el cambio cultural de la Ilustración a las mujeres de la nobleza y la aristocracia europea a través de dos líneas fundamentales. Primero, ofreciendo un breve panorama de cómo evolucionó el aprendizaje en la Edad Moderna, cuáles fueron las novedades de la evolución educativa del siglo XVIII y especialmente, cuáles fueron las repercusiones de la nueva formación en la que se instruyó a las protagonistas de las posteriores líneas. Estas y otras cuestiones, tienen su respuesta en el acercamiento a los principales autoras y autores europeos, y a sus tratados pedagógicos y de civilidad.

Y segundo, el trabajo busca exponer algunas de las secuelas y efectos que brindaron la revolución educativa ilustrada y su acceso a las damas privilegiadas. Mostrando cómo la formación abrió las puertas del mundo intelectual a las mujeres. Y, que a pesar de que ellas fuesen confinadas en los espacios privados, la Ilustración y su propio empeño por desarrollarse e integrarse en la sociedad, hizo que se crease una nueva sociabilidad en sus espacios privados, los salones, de los que ellas fueron anfitrionas y protagonistas.

La cultura femenina: Educación y Salones en la Europa del siglo XVIII

Desarrollo Analítico

1. La educación femenina en el Siglo de las Luces

La educación en la Edad Moderna constituyó un importante fenómeno que actuó como agente dinámico en la evolución social. Las teorías educativas que se desarrollaron tanto en los tratados pedagógicos como en la práctica cotidiana fueron prueba del impacto que tuvo el acceso a la educación en «las transformaciones económicas, religiosas, políticas, sociales y culturales, y desvelar [...] de qué forma influyeron los cambios educativos en los restantes planos de la realidad histórica europea»⁹. En la sociedad moderna el acceso a la instrucción fue un privilegio reservado a las élites y profesionales cuyos oficios requirieron de formación intelectual. En el Siglo de las Luces la educación fue aceptada como un vehículo de transmisión cultural y conformación ideológica y «durante los siglos modernos la preocupación por la enseñanza estuvo siempre presente en los grandes temas de discusión entre intelectuales, moralistas, eclesiásticos y servidores del Estado»¹⁰

La educación fue uno de los grandes pilares en la evolución cultural del siglo XVIII, un motor de cambio en el desarrollo de la Ilustración, momento en el que primó la «formación física, moral e intelectual del individuo»¹¹. Por ello, los ilustrados y reformadores plantearon que la formación de los y las jóvenes debía servir para desterrar prejuicios adquiridos del pasado e inculcar nuevos valores y comportamientos más acordes con la nueva época. Una de las aportaciones más novedosas del Siglo de las Luces fue la de concebir a la enseñanza como una necesidad de Estado; pues «la Ilustración hizo de las preocupaciones educativas su tema predilecto»¹². Así los ilustrados del siglo XVIII – como ya habían hecho antes los humanistas – plantearon e impulsaron la educación como instrumento de progreso y libertad. Estos pensadores entendieron la educación como la disciplina que daba forma a las personas y en consecuencia en los tratados pedagógicos modernos, prestaron esmerada atención a la formación de la juventud. Dicho aprendizaje consideró que mediante la educación física se interiorizaban los hábitos de salud y actitudes anatómicas, y que a través de la educación moral se formaban las conductas, los juicios y los sentimientos.

Según los moralistas de la Ilustración la sociedad estaba pasando por una importante transformación pedagógica y por ello los cambios en la forma de educar al género femenino fueron fundamentales. De esta manera, la educación de las jóvenes en la Europa del siglo XVIII ocupó un amplio espacio de interés, con un importante número

⁹ MALO BARRANCO, Laura. *Nobleza en femenino. Mujeres, poder y cultura en la España Moderna*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2018, p. 115.

¹⁰ FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad en la Edad Moderna*, Sevilla: Mergablum, 1998, p. 216.

¹¹ BOLUFER PERUGA, Mónica «Pedagogía y moral en el Siglo de las Luces: las escritoras francesas y su recepción en España», *Revista de historia moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, 20, 2002, p. 6.

¹² BOLUFER, *Mujeres e Ilustración...*, *op. cit.* p. 118.

de tratados y novelas pedagógicas. Sin embargo, hay que tener presente que el nuevo sistema impulsado ante la necesidad del Estado, no fue del todo renovador ya que siguió basado en la desigualdad y la discriminación social y de género. Según Gloria Franco, «el género aparece como uno de los factores diferenciadores más claros de la alfabetización ya que el analfabetismo era siempre mayor entre las mujeres»¹³.

La educación en el Antiguo Régimen discriminó a las mujeres, dejándolas de manera habitual al margen del progreso educativo y aunque finalmente se las incorporó al mismo, sus condiciones estuvieron lejos de la enseñanza intelectual que se les dio a sus compañeros masculinos. Las niñas y jóvenes de la nobleza y la aristocracia que tuvieron acceso a la educación pudieron considerarse afortunadas puesto que su posición privilegiada les dio acceso a una formación básica, que les permitió desarrollar sus capacidades para después poder mostrarlas en la alta sociedad. Su formación se orientó a unas obligaciones específicas buscando en ellas despertar la responsabilidad materna y que fuesen capaces de ofrecer a sus vástagos las pautas sociales adecuadas para su instrucción intelectual y civil, para «formar a las futuras encargadas de la primera educación de los más pequeños en el hogar»¹⁴.

Pese a la transmisión de estos ideales la educación de las mujeres fue muy discutida a lo largo de la Edad Moderna, pues se sabía que el conocimiento podía ser un instrumento de dominación y como tal, debía ir unido al conjunto masculino.

1.1. Antecedentes: la formación de la mujer en la primera Edad Moderna. Siglos XVI y XVII

Los siglos modernos fueron una fase transitoria en el desarrollo de la sociedad y de la cultura en Europa. En el siglo XVI los niveles de alfabetización de la población fueron muy bajos. Hecho que se modificó durante la centuria del 1700 donde en un continente en continua transformación económica, social y cultural, hubo un significativo ascenso en las posibilidades de acceso a la educación¹⁵.

La llegada de la Contrarreforma y la aplicación de los mandatos de Trento tras 1563 supuso un giro moral e intelectual acarreado por la ruptura de la cristiandad, que entre otras consecuencias consiguió alejar a las mujeres de la obtención formal del conocimiento y relegó su educación, que siguió perdiendo apoyos. La reacción inicial de los defensores de la moral fue de desconfianza hacia la educación femenina y ésta, dentro de una sociedad con los roles de género fuertemente asignados, supuso que las mujeres –en la mayoría de los casos– fueran apartadas del acceso al conocimiento.

De este modo, desde Trento se fomentó la idea de formar a las damas dentro de unas pautas preestablecidas para su género, representándolas en sociedad como garantes

¹³ FRANCO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, op. cit. p. 226.

¹⁴ MALO, Laura. *Nobleza en femenino...*, op. cit. p. 116.

¹⁵ NAVA RODRÍGUEZ, María Teresa. *La educación en la Europa moderna*, Madrid: Síntesis, 1992, p. 126.

de la honra familiar. Por dicha razón las mujeres fueron asignadas al espacio del hogar para ser consideradas como las figuras de madres protectoras y educadoras de sus hijos.

Tal como plantea Laura Malo,

«[...] el ideal de mujer barroca erigido por la nueva religiosidad, por eclesiásticos y moralistas, hacía a la dama un ser ligado por completo al mundo doméstico, para quien la obtención de la habilidad de leer y escribir no tenía por qué ser prioritaria»¹⁶

La visión que se tuvo de la mujer ideal en la modernidad fue fundamental para enfocar su educación. Entre las cualidades principales que buscaron fomentar los humanistas en las mujeres destacaron la obediencia y la castidad, llegando a aconsejar restringir ciertos aspectos de su conducta fomentando que las mujeres fuesen sumisas, dóciles y humildes. Según el filósofo humanista Juan Luis Vives (1492-1540) la doncella debía ser tratada de forma austera bajo la teoría de que un exceso de mimos podía arruinarla¹⁷.

En el siglo XVI la gran mayoría de las mujeres alfabetizadas pertenecieron a la nobleza y a la alta sociedad. Las damas de la élite recibieron una educación orientada bajo la necesidad de formar a esposas y madres para los futuros nobles, de ahí que su formación quedase íntimamente vinculada a su futuro papel en sociedad. Por ejemplo, para las jóvenes princesas se desarrollaron «tratados de instrucción femenina que guiaban a través de las pautas necesarias para educar de modo correcto a la mujer»¹⁸. Unas obras dedicadas a las damas de la familia real y de la corte pero que sirvieron también de manual educativo para las niñas de la nobleza.

Los humanistas del siglo XVI fueron plenamente conscientes en sus tratados pedagógicos de lo complejo que era negar a las mujeres privilegiadas el acceso a la educación, y actuaron en consecuencia reglando el acceso al conocimiento. Aquellas mujeres que supieron leer y escribir de antes, consideraron que lo practicaban de manera incorrecta, por lo que los autores las criticaron con el fin de orientarlas con sus trabajos en el buen uso de las prácticas de lectura y escritura. Los humanistas trataron con sus textos, de dirigir y limitar mediante pautas los conocimientos que debían adquirir las mujeres educadas para llegar a ser «la dama ideal, la perfecta casada y la mujer devota»¹⁹. Su ambición fue la de desarrollar las teóricas virtudes femeninas de modestia y obediencia, buscando crear esposas plácidas, sumisas y dependientes. Bajo la idea de la dependencia femenina al varón, se escribieron multitud de tratados dedicados a la formación femenina; unos ensayos donde se buscó instruir a las mujeres principalmente en modelos de comportamiento y las técnicas de obtención del conocimiento²⁰.

¹⁶ MALO, Laura. *Nobleza en femenino...*, op. cit. p. 121.

¹⁷ ANDERSON, Bonnie S. y ZINSSER, Judith P. *Historia de las mujeres: una historia propia*. Volumen 2, Barcelona: Crítica, 1991, p. 49.

¹⁸ MALO, Laura. *Nobleza en femenino...*, op. cit. p. 117.

¹⁹ *Ibidem*, p. 118

²⁰ NAVA, María Teresa. *La educación en la Europa moderna*, op. cit. p. 153.

Los filósofos humanistas Juan Luis Vives (1492-1540) y Erasmo de Rotterdam (1466-1536) recomendaron para la labor de la formación femenina ciertas lecturas, abogando siempre por la restricción intelectual. Entre sus sugerencias estaban «las epístolas de San Pablo, a los Padres de la Iglesia [...] y autores clásicos cuidadosamente seleccionados, como Platón, Cicerón y Séneca.»²¹. Esta elección tenía que ver con el aprendizaje ligado al futuro que les esperaba a las damas de la élite. A través de la educación intelectual de las jóvenes, las trataron de orientar a ser hijas, esposas y madres ejemplares y sumisas. Siempre bajo la tutela de un hombre – padre, hermano o esposo –, para alejarlas de la maldad que, según la visión predominante, tenían por naturaleza.

La publicación de *De civitate morum puerilium* (1530) por Erasmo de Rotterdam marcó una nueva etapa en la instrucción de los niños en el hogar, estableciendo unos nuevos requisitos sociales de comportamiento. A partir de ese momento, los autores humanistas bajo los consejos de Erasmo pactaron un nuevo modelo para la escritura de guías del buen proceder en sociedad, así como para los tratados sobre la educación femenina orientados a la formación intelectual de niñas y doncellas nobles; y ligados a la puesta en práctica de sus directrices a través de las bases de la civilidad. Aunque dichos tratados buscaron siempre el «fomentar una instrucción femenina más completa y aplicada a la posición de la mujer en sociedad»²² tuvieron presente la limitación en la formación de las pequeñas, pues se las instruyó principalmente en la lectura y la escritura con el fin de darles herramientas con las que fortalecer su fe y mantenerlas dentro de las estructuras de sociabilidad. En España los tratados relativos a la educación femenina tuvieron su referente en la obra del humanista Juan Luis Vives, *De institutione feminae christianae* (1523)²³. Dedicada en origen a la reina de Inglaterra Catalina de Aragón y Castilla (1509-1533) para la educación de la futura María I, fue una obra de gran relieve, no solo a nivel peninsular sino europeo. Y con su traducción fue destinada a la reina de Aragón Germana de Foix (1488-1536)²⁴.

La importancia de la formación moral y religiosa femenina, en equilibrio con la educación en el aprendizaje moral y de las tareas domésticas orientadas a la visión del matrimonio como el destino más común; monopolizó casi todos los aspectos de la vida femenina y encauzó los ideales de lo que era lo correcto para ellas. En este sentido a finales del siglo XVI se publicó *La perfecta casada* (1583) de fray Luis de León, que se convirtió en el libro referente en la Península para la instrucción de las niñas en el hogar, formándolas para ser futuras y sumisas esposas. Este trabajo se transformó junto con obras posteriores como el *Tratado del gobierno de la familia y estado de las viudas y doncellas* (1597) del padre Astete o *Vida política de los estados de las mujeres* (1599) de

²¹ ANDERSON, Bonnie S. y ZINSSER, Judith P. *Historia de las mujeres...*, op. cit. p. 50

²² MALO, Laura. *Nobleza en femenino...*, op. cit. 119.

²³ *Ibidem*, p. 120.

²⁴ También fue algo habitual encontrar espacios dedicados a la formación de las mujeres en obras dirigidas a la educación de los varones, como el caso la obra de Baltasar de Castiglione en *Il libro del cortegiano*, en el que el autor hace referencia acerca de las aptitudes que las esposas debían tener con sus maridos, y cómo debía ser su formación cotidiana y su comportamiento en sociedad.

fray Juan de la Cerda, en el conjunto de obras que quisieron sentar las bases de la educación femenina que se seguirían a lo largo de la modernidad²⁵.

Con la llegada de la centuria del 1600 se dio un pequeño avance en relación a la formación femenina donde se renovó el papel adjudicado a las mujeres, elevándolas más allá de su rol de «ama de casa, niñera o figura decorativa»²⁶ en el hogar; para empezar a tenerlas en mayor consideración gracias a su formación como esposas y compañeras.

Aquella educación femenina tan acotada, e incluso desprestigiada en los siglos anteriores, volvió a tener importancia cuando se recuperó la idea de lo valiosas que eran las madres en la instrucción de sus pequeños, provocando, en consecuencia, que las mujeres volvieran a ser el foco de la atención intelectual.

A finales del siglo XVII, Francia se colocó a la vanguardia de la educación femenina bajo el respaldo de mujeres con recursos económicos, y mediante la fundación de congregaciones religiosas y establecimientos privados dedicados a la docencia de las mujeres jóvenes. Ejemplo sobresaliente de su labor fue la creación de la orden Salesa para las niñas nobles (1686), en la Maison Royal de Saint-Cyr donde Madame de Maintenon formó a las hijas de la nobleza arruinada. El apoyo a la causa de la mejora en la educación de las mujeres, se dio gracias a los intelectuales de la época como Poulain de la Barre (1647-1725) que con sus obras *De L'Egalité de deux sexes* (1673) y *Traité de l'Education des Dames* (1674), manifestó su posición en contra de los prejuicios ancestrales sobre la desigualdad de los sexos y a favor del derecho de las mujeres a la educación. A él, se unieron el Abad de Saint Pierre (1658-1743) con *Projet pour perfectionner l'education des filles* y el filósofo François Fenelón (1651-1715) con *De l'education des filles* (1686/7) un trabajo donde el autor estableció una planificación detallada de los aprendizajes y el modo que debía educarse a las mujeres dejando de esta manera por primera vez fijada la instrucción sobre el aprendizaje de las señoritas²⁷.

En la Península, los principales autores que destacaron en el siglo XVII por sus obras sobre la educación de las jóvenes damas fueron la condesa de Aranda, Luisa de Padilla y Manrique (1591-1646) y el jesuita Gaspar Astete (1537-1601).

La obra de la condesa Luisa de Padilla y Manrique constituye la principal fuente femenina del siglo XVII que trabajó sobre la educación de las jóvenes. En su primera publicación, *Nobleza Virtuosa* (1637), la autora escribió sobre la instrucción que debía recibir una doncella orientando la educación a las exigencias de su género; para lo cual enumeró consejos que debía tener presentes una «joven dama para administrar su destino en matrimonio y el cuidado de sus descendientes y su casa»²⁸. Las directrices sociales que marcó la condesa con sus escritos fueron orientadas a tratar de ofrecer a las pequeñas de las familias privilegiadas una educación más amplia que la tradicionalmente recibida, aunque siempre dentro de las directrices sociales del momento. A su vez, el padre Astete,

²⁵ *Ib.*, 123.

²⁶ NAVA, María Teresa. *La educación en la Europa moderna*, op. cit. 175.

²⁷ FRANCO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, op. cit. 226-227.

²⁸ MALO, Laura. *Nobleza en femenino...*, op. cit. 125.

fue otro de los autores fundamentales del siglo en relación a la formación de las muchachas. En su *Tratado del gobierno de la familia y el estado de las viudas y doncellas* (1603) consideró clave que las doncellas fuesen formadas en «las devociones piadosas, la doctrina cristiana, (y) las prácticas religiosas»²⁹ para hacer de ellas jóvenes sumisas a Dios; no considerando conveniente que aprendiesen a escribir o contar.

Pese a todas las trabas que les fueron impuestas en los siglos XVI y XVII hubo casos –aunque en pequeño número– de mujeres instruidas que sobresalieron como figuras intelectuales notables³⁰



Figura 1. *Santa Ana enseñando a leer a la Virgen*³¹

1.2. La educación femenina en el siglo XVIII

Los planteamientos del Siglo de las Luces sobre la formación femenina quedaron aferrados a las propuestas tradicionales del siglo anterior, donde las mujeres estaban subordinadas al varón. En este sentido, el esfuerzo de los autores ilustrados se centró en escribir ensayos sobre la buena enseñanza introduciendo algunas novedades.

²⁹ HERNÁNDEZ BERMEJO, María Ángeles (1987-1988). «La imagen de la mujer en la literatura moral y religiosa de los siglos XVI y XVII» *Norba: Revista de Historia*, 8-9, 1987, p. 179.

³⁰ Tales como la española Beatriz Galindo, La Latina (1470-1534) al servicio de la reina Isabel la Católica; la francesa Margarita de Angulema (1492-1549) importante mecenas artística y patrocinadora de escritores y escritoras protestantes; las escritoras del Siglo de Oro español Sor Juana Inés de la Cruz (1648-1695), María de Zayas (1590-1661?) y Ana Caro de Mallén (1590-1646); o la inglesa Sussanna Parr (c. 1630-1659) quién trató de desarrollarse en actividades asignadas a los hombres y se defendió de sus actos mediante la literatura.

³¹ MURILLO, Bartolomé Esteban. *Santa Ana enseñando a leer a la Virgen*. 1655. Museo Nacional del Prado. España

Con el avance del siglo XVIII, el desarrollo cultural dado a partir de las ideas ilustradas circuló por Europa siendo Francia su principal transmisor. Y en el desarrollo de la centuria se extendieron por Europa los nuevos planteamientos ilustrados desde París. La capital francesa se consideró la «cuna de las ideas ilustradas y de la novedosa concepción de la sociedad y el hombre»³² y en España, a pesar de sus restricciones propias, se creó una activa reforma con sus propias fuentes intelectuales, nacionales y extranjeras³³.

La Ilustración consagró las bases pedagógicas para la formación femenina bajo la idea de que «la educación era capaz de transformar la naturaleza humana»³⁴ aunque con entusiasmo y reticencia al mismo tiempo. El pensamiento ilustrado y reformista del siglo XVIII entendió la educación como un instrumento imprescindible para el progreso del Estado. Los autores ilustrados ante la creciente importancia de la educación de las mujeres como la base de la seguridad familiar, buscaron dar a las damas los nuevos saberes y valores que planteaba la reforma. Así, buscaban la formación de «buenas madres, esposas, administradoras de la economía doméstica y educadoras de sus hijas e hijos en los valores ilustrados»³⁵.

Los ilustrados e ilustradas preocupados por la formación que recibían las mujeres, plantearon diversos interrogantes en los debates pedagógicos:

«¿Cómo y para que se las debía formar? [...] ¿en qué consistían sus cometidos sociales y cuáles eran los saberes y actitudes que mejor se avenían con ellos? [...] ¿hasta qué punto eran la naturaleza humana o la educación las que sentaban las diferencias entre hombres y mujeres?»³⁶

En este sentido, hacia 1783 la ilustrada italiana Aretafila Savini de Rossi (1687-1731)³⁷ se planteó «¿cuáles serán los mejores medios para perfeccionar la educación de las mujeres?»³⁸, viendo siempre en perspectiva el beneficio que tendrían la mejora en las condiciones formativas femeninas en la sociedad. De esta manera los ilustrados buscaron a través de la educación conducir a las damas a dejar de lado la «desnaturalizada» ocupación de preocuparse por su apariencia, para introducirlas en los valores que debían aprender bajo la construida idea de «naturaleza femenina» sobre las ocupaciones de la economía doméstica, útiles aportaciones en su vida matrimonial y en el cuidado e intervención en la educación de sus hijos.

No obstante, en el Siglo de las Luces un gran número de autores acomodados en sus tendencias conservadoras que como Pierre Collot en *Conversaciones sobre diferentes asuntos de moral ...: Para imbuir y educar ... a las señoritas jóvenes* (1787), justificaron

³² MALO, Laura. *Nobleza en femenino...*, op. cit. p. 128.

³³ BOLUFER, Mónica. *Mujeres e Ilustración...*, op. cit. p. 21.

³⁴ *Ibidem* p. 130

³⁵ MORANT DEUSA, Isabel. *Historia de las mujeres en España y América latina II. El mundo moderno*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2005, p. 485.

³⁶ BOLUFER, Mónica. *Mujeres e Ilustración...*, op. cit. 120.

³⁷ GONZÁLEZ SANDE, Mercedes. «El florecimiento cultural de las mujeres en el siglo XVIII italiano» *Revista de la Sociedad Española de Italianistas* 11, 2015-2017, p. 170.

³⁸ BOLUFER, Mónica. *Mujeres e Ilustración...*, op. cit. p. 118.

las diferencias en la educación por géneros, apelando a la inferioridad del intelecto femenino al que se suponía una razón diferente, limitada y más simple. En el lado opuesto, aparecieron voces como la de Madame Genlis (1746-1830) quien criticó que la idea de la inferioridad del entendimiento femenino limitase las capacidades para su formación, defendiendo que ambos géneros –si habían sido educados de la misma manera– podían desarrollar los mismos talentos. Así, Genlis se quejó de cómo «la convención y necesidad social de establecer un orden»³⁹ era el justificante de que las mujeres no tuviesen las mismas posibilidades educativas que los hombres.

El utilitarismo fue junto a la fe, el modelador de la educación ilustrada. Esta idea de una formación que fuera útil a la sociedad, se encontraba unida a la vez a la concepción del acceso al conocimiento visto como el camino para la autonomía y la felicidad personal. La Ilustración buscó regenerar la sociedad a través de la educación de las mujeres convirtiendo la formación femenina en un asunto de interés público. De esta manera, los escritos pedagógicos exaltaron la utilidad de la formación femenina por diversas razones. En primer lugar, por los beneficios en la influencia para su familia de una mujer educada; y, segundo, por cómo las mujeres podían contribuir al desarrollo de la sociedad ilustrada y a la distinción de las clases dirigentes. La mujer en el nuevo ideal ilustrado de la familia estaba dedicada al cuidado y crianza de sus pequeños, hecho para el que debía ser formada, además de instruida con el fin de ser una compañera complaciente para su esposo.

Educar a las mujeres se convirtió en una exigencia para regenerar a la sociedad y los ilustrados conscientes de la necesidad de la formación femenina, reprocharon la escasa instrucción que se les daba a las jóvenes de las élites; criadas para lucirse en tertulias y bailes, paseos y teatros. Los autores que defendieron ampliar la educación de las niñas, admitieron a su vez que por obligación de rango debían compadecer en su vida social y mantener el estatus de sus familias por medio de sus actos, por lo que algunos de ellos también apreciaron la delicadeza del trato y la capacidad de conversación femenina como una característica de una sociedad civilizada y consecuencia de una buena educación. Que las damas fuesen amables en sociedad podía, según los ilustrados, contribuir a la construcción de la sociabilidad de un país ilustrado y en este sentido, la tendencia pedagógica del Siglo de las Luces pretendió fomentar y reconducir la educación femenina hacia el papel de las mujeres como madres y esposas, siempre unidas a la posibilidad de actuación correcta en sociedad. Para Josefa de Amar y Borbón (1749-1833), el trato social no constituyó la servidumbre sino la posibilidad de enriquecerse a través de «la conversación, la política y la civilidad que poseían las personas cultas»⁴⁰. La autora consideraba la educación de las damas una exigencia social y una aportación que les permitiría cultivarse dentro de una sociabilidad culta y refinada, que colocaba también a las mujeres como agentes de utilidad social.

³⁹ *Ib.*, p. 131.

⁴⁰ *Ib.*, p. 145.

1.2.1. Los principales tratados pedagógicos del siglo XVIII

La formación intelectual femenina se plasmó, como ya se había hecho en el siglo anterior, en tratados que otorgaron una importancia base a la educación doméstica. Aunque las actitudes ilustradas fueron favorables a admitir que las mujeres distinguidas recibiesen instrucción en letras, su formación se resintió pues no había aún instituciones de calidad para tales prácticas. Según Mónica Bolufer,

«[...] en los planteamientos pedagógicos plasmados en las obras se incluían reflexiones pedagógicas de carácter general, tratados educativos diferenciados según el sexo o condición social de sus destinatarios (para la educación de los niños, de las mujeres, de la nobleza, de los artesanos...), textos de educación física, compendios de saberes para su uso escolar, memorias sobre temas pedagógicos para su discusión pública en sociedades y academias u obras de ficción (novelas, teatro) con un propósito explícitamente didáctico»⁴¹.

Para los escritos sobre educación femenina publicados en el siglo XVIII fue fundamental el programa formativo europeo y la influencia de los tratados educativos generales *Thoughts on education (Algunos pensamientos sobre la educación)* (1693) y *Emile ou l'éducation (Emilio, o De la educación)* (1762) de los filósofos John Locke (1632-1704) y Jean-Jacques Rousseau (1712-1778) respectivamente. Los manuales sobre educación femenina, como *De l'éducation des filles (Tratado de la educación de las hijas)* (1687) del teólogo François Fénelon, o las obras de Jeanne-Marie Le Prince de Beaumont (1711-1776), Louise d'Épinay (1726-1783) y Stéphanie de Genlis (1746-1830) ofrecieron una amplia variedad de obras vinculadas al interés por la instrucción de las jóvenes nobles.

En este trabajo destacaremos las obras de dos autoras muy relevantes e innovadoras en el campo de las directrices formativas para las mujeres.

La citada Madame d'Épinay (1726-1783) fue una asidua invitada en el círculo intelectual del barón de Holbach, llegando a educar a su nieta Émilie. La obra educativa de Madame d'Épinay fue consecuencia de la plasmación de la instrucción de la joven Émilie en su obra más célebre las *Conversations d'Émilie (Conversaciones con Emilia)* (1774) tituladas en origen *Dialogues entre une mère et sa fille*. La obra fue traducida al castellano en 1799 por Ana Muñoz⁴² y planteó un modelo educativo del que Rousseau mostró sus discrepancias a través de su novela *Émilie o De la educación* (1762). La autora francesa organizó su tratado educativo «a modo de conversaciones entre una madre y una hija, (...) durante estancias en el campo»⁴³. Dibujando una formación en armonía con los nuevos valores del sentimiento, rechazó el uso del castigo y puso los cimientos en el razonamiento y en la confianza hacia la alumna/hija, a quien responsabilizaba de forma directa de su propio progreso. La educación propuesta por D'Épinay fue ordenada a través de los intereses e inquietudes de la alumna, destacando la necesidad de hablar y razonar, tratando que fuese ella la que se aproximase a la razón y a los principios morales. En su planteamiento educativo la autora no fijó limitaciones al conocimiento, negando de base

⁴¹ BOLUFER, «Pedagogía y moral en el Siglo de las Luces...», *op. cit.* p. 255.

⁴² BOLUFER, M. *Mujeres e Ilustración...*, *op. cit.* p. 121.

⁴³ BOLUFER, M. «Pedagogía y moral en el Siglo de las Luces...», *op. cit.* p. 270.

«la limitación de la capacidad racional femenina convencida de la igualdad intelectual de los géneros»⁴⁴, aunque sí admitió las diferencias entre los géneros y sus ocupaciones sociales propias⁴⁵. Madame d'Épinay reclamó a través de su obra la educación de las mujeres como la senda para el desarrollo de las facultades intelectuales y morales femeninas, y como el consuelo para el mundo desigual.

Dentro de las obras pedagógicas y partiendo del debate de la redefinición de las responsabilidades de las madres en la educación de sus hijos, surgieron dos vertientes. Aquella de los que defendieron la educación doméstica proponiendo un «nuevo ideal de maternidad educadora»⁴⁶ donde la madre se dedicaba a sus pequeños creando una relación íntima, la cual ensalzaba la inclinación natural femenina que servía como vía para la formación en valores y sensibilidad de los individuos. Y una segunda vertiente en la que la educación a través de la instrucción pública, opción por la que se inclinó Madame d'Épinay bajo condición de que estuviese bien establecida y admitiendo que a las instituciones educativas estatales todavía les faltaba cualificación. Por ello, según la autora, para la educación de las niñas era mejor optar por una madre cualificada que siguiese un modelo educativo dentro del hogar, como el que estableció en su obra.

De forma contemporánea trabajaron Madame Le Prince de Beaumont (1711-1776) y Madame de Genlis (1746-1830) quienes hicieron carrera como educadoras profesionales y escritoras con un gran repertorio, en el que se incluían obras de escritura pedagógica. La obra educativa de Madame Le Prince de Beaumont ofreció su experiencia como profesional en la educación de las damas, aunque fue usada como libro de lectura y enseñanza de ambos géneros. Dicho trabajo, cumplió con el «doble objetivo moral e intelectual: enseñar a las niñas a «pensar con juicio y madurez» y mostrarles, a la luz de la filosofía, que la verdadera felicidad reside en el cumplimiento de las propias obligaciones»⁴⁷. Su modelo de enseñanza contó con un doble método, activo y participativo, que abordaba inmensidad de materias que respondiesen a la curiosidad intelectual de la alumna⁴⁸. Madame Le Prince de Beaumont inculcó

«[...] a sus alumnas la prioridad de la virtud sobre las riquezas o los atractivos físicos, la necesidad de ocupar útilmente el tiempo, dividiéndolo entre la oración, el trabajo doméstico, la lectura y el ocio; les encarece mantener el recato, advirtiéndoles de la fragilidad de la honra para su sexo, y les enseña los deberes ineludibles y sagrados del matrimonio y la maternidad.»⁴⁹

La obra sobre teorías educativas Madame de Genlis fue extensa, destacando por su forma de redacción a modo de ficción novelesca con *Adela y Teodoro ó Cartas sobre la educación* (1782), traducida al castellano en 1785 y 1792. La temática elegida giró en torno a las cartas que los barones de Almane escribían a sus amigos para darles noticias

⁴⁴ *Ibidem*, p. 276.

⁴⁵ Tomando consciencia de la desigualdad de géneros, en su relato pudo percibirse el desengaño amoroso y la infidelidad conyugal, otorgándole una mayor reflexión.

⁴⁶ BOLUFER, M. «Pedagogía y moral en el Siglo de las Luces...», *op. cit.* p. 281.

⁴⁷ *Ibidem*, p. 289

⁴⁸ La autora pudo aplicarlo gracias a la relación personal que mantuvo con las hijas de los IX duques de Híjar – como se explicará más adelante –.

⁴⁹ BOLUFER, M. «Pedagogía y moral en el Siglo de las Luces...», *op. cit.* p. 294

de los progresos de sus vástagos. El libro fue merecedor de reconocimiento por la escritora española Josefa Amar y por la prensa ilustrada en general, y fue establecido como modelo literario donde la familia aristocrática asentada en el campo se volcaba en la educación de sus pequeños⁵⁰.

En España fueron fundamentales las fluidas relaciones con Francia⁵¹ hecho que queda patente, como consecuencia del gran impacto sobre la evolución de la pedagogía francesa en la Península. Las traducciones fueron clave y gracias a ellas se formó un influyente número de escritoras educativas/traductoras en la España de la Ilustración. Entre ellas, encontramos a Cayetana de la Cerda y Vera (1755-1798), condesa de Lalaing con su traducción al castellano de obras como *Advertencias de una madre a su hija* (1726) o *Reflexiones nuevas sobre las mujeres* (1727) de la marquesa Anne-Thérèse de Marguenat de Courcelles, conocida como Madame de Lambert; autora que poseía relevantes escritos acerca de la formación de las mujeres donde incidía en la importancia vital de que ellas participasen en la cultura. Otras traducciones fundamentales fueron las de la escritora francesa, la condesa de Gentis, Caroline-Stéphanie-Félicité Du Crest con *Adela y Teodoro* o *Cartas sobre la educación* (1785), *Las veladas de la Quinta* (1787) y *los Anales de la virtud* (1792)⁵².

A la producción francesa sobre la posibilidad de la formación de las mujeres se incorporó de manera paulatina la producción española en la que destacaron dos autoras fundamentales, Inés Joyes y Blake (1731-1808) y Josefa Amar y Borbón (1749-1833). La escritora y traductora Inés Joyes escribió *Apología de las mujeres* como introducción a su traducción *Rasselas, prince of Abissinia* (1759). En su breve texto a modo de carta dirigida a sus hijas, la autora relató su visión de que las mujeres eran víctimas de una educación que disminuía sus capacidades al hogar. Inés Joyes reanudó el análisis de Madame de Lambert, argumentando que la formación femenina era clave en el desarrollo personal de las mujeres y fundamental para la regeneración social que buscaba la Ilustración. En sus planteamientos formativos la escritora llegó a alejarse del ideal de madre-esposa defendiendo incluso la soltería como una opción legítima⁵³.

Por su parte, la pedagoga Josefa Amar y Borbón con su *Discurso sobre la educación física y moral de las mujeres* (1790) reunió las pautas para la correcta formación femenina de acuerdo a los principios ilustrados. Años antes en *Discurso en defensa del talento de las mujeres* (1786) ya justificó la lucha por la igualdad de las capacidades masculinas y femeninas, en la que era necesaria la dotación de recursos para la formación de las niñas. La escritora ilustrada Josefa Amar y Borbón matizó la importancia que tenía para las mujeres aprender desde la niñez y que así tuviesen sus propios medios para seguir instruyéndose, como por ejemplo a través de la lectura o la conversación⁵⁴.

⁵⁰ BOLUFER, Mónica. *Mujeres e Ilustración...*, op. cit. p. 121.

⁵¹ Véase: MALO, Laura. *Nobleza en femenino, Mujeres, poder y cultura en la España Moderna*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2018, pp. 115-254.

⁵² *Ibidem*, p. 130.

⁵³ MADRUGA BAJO, Marta. *Feminismo e Ilustración...*, op. cit. p. 52.

⁵⁴ MALO BARRANCO, Laura. *Nobleza en femenino...*, op. cit. p. 131.

1.2.2. Los espacios de aprendizaje heredados

La mayoría de los tratados pedagógicos dieron una importancia fundamental a la educación en el hogar. Por lo que los espacios preferidos por la nobleza para la educación de sus pequeñas fueron las propias casas. Las niñas influidas por su entorno más cercano crecían entre mujeres –madre, tías, hermanas, abuelas, criadas y sirvientas– que les sirvieron de ejemplo de comportamiento en las prácticas cotidianas. En su aprendizaje el principal modelo a seguir fue la figura materna, por ello las citas a su papel clave fueron constantes desde el siglo XVI y se intensificaron en el siglo ilustrado; en el que moralistas, escritores y autoras insistieron en la figura prioritaria de la madre en la formación e instrucción de sus descendientes⁵⁵. Junto a ella, las amas de cría también constituyeron otra figura importante para la formación de las muchachas, ya que a veces, se quedaban con las pequeñas durante los primeros años de vida y juventud convirtiéndose en compañeras inseparables que las llegaron a introducir en la lectura.

Los conocimientos adquiridos por las damas a través de la educación formal fueron habitualmente orientados a su evolución adulta como futuras madres y maestras de sus hijos y, gracias a ellos, comenzaron a ser vistas también como factibles compañeras y aliadas⁵⁶. Las mujeres fueron uno de los pilares fundamentales en las estructuras familiares nobiliarias, y fueron cada vez más valoradas por «su capacidad de actuación e intervención en defensa de los intereses de su linaje dentro de los esquemas de poder»⁵⁷. La necesidad de instruir las fue orientada su desarrollo social más activo durante el siglo XVIII y dentro del matrimonio, ligada a la necesidad de que las damas pudiesen formar parte activa y debatir en los salones.

El aprendizaje femenino, en paralelo al masculino en sus inicios contó con varias fases: la primera fue enfocada a las habilidades básicas, donde no se hizo diferencia de género, por lo que niñas y niños cohabitaron en los mismos espacios de educación⁵⁸. En la segunda fase, entre los cuatro y cinco años, las pequeñas accedieron a la alfabetización a través de la enseñanza de la lectura y la escritura, habitualmente mediante las *Cartillas para enseñar a leer*⁵⁹. El estudio se dividió en aprender a leer con el Abecedario y el Silabario, y en integrarles en la de la Doctrina Christiana, alterando el latín y la lengua romance⁶⁰.

La formación lectora de las niñas estuvo muy vinculada al aprendizaje de la religión cristiana, por lo que se les enseñaron las letras principalmente a través del Catecismo y los principios de la doctrina. Los autores ilustrados por su parte, recomendaron, además de las obras de religión y moral, una serie de lecturas que consideraron adecuadas para las niñas entre las que se encontraban «las Historias griega

⁵⁵ *Ibidem.*, p. 135.

⁵⁶ Traspasando su habitual rol de esposas y madres.

⁵⁷ MALO BARRANCO, Laura. *Nobleza en femenino...*, op. cit. 133.

⁵⁸ Aunque ello no quitó que, en las habitaciones femeninas, iniciasen a las jóvenes desde muy pequeñas en el conocimiento de las funciones y puestos de su género, como sus labores de cuidadoras.

⁵⁹ Breves manuales pedagógicos del XVI muy usados en la península.

⁶⁰ MALO BARRANCO, Laura. *Nobleza en femenino...*, op. cit. pp. 138.

y romana, la de España, Francia y países vecinos; que, juiciosamente escritas, entretuvieran e instruyeran»⁶¹. A ellos, las jóvenes lectoras unieron otros libros a los que accedieron a pesar de las contraindicaciones de los moralistas, como fueron los libros de caballerías, las novelas de amor y aventuras, y los tratados de autores de la Antigüedad. Muchas de estas lecturas fueron practicadas durante la formación a través de la doble lectura, fonética y de comprensión; donde la lectura en voz alta y en grupos de mujeres fue usada de manera habitual⁶².



Figura 2. *Muchacha leyendo*⁶³

Superado el aprendizaje y la comprensión de los textos, las muchachas eran introducidas en la escritura. Sin embargo, ésta fue una práctica que entre las mujeres no fue muy aceptada por los moralistas y autores, considerando que, si dedicaban excesivo tiempo en la escritura de cartas o poemas, podrían desatender sus labores cotidianas. A pesar de tales recomendaciones, las niñas nobles sí fueron enseñadas a escribir posiblemente a través de los «manuales de escribientes» de sus hermanos, en uso desde el primer Humanismo. La enseñanza de la escritura se llevaba a cabo a través la copia y tuvo una múltiple función: fue usada para profundizar en los textos religiosos y en los modelos de decencia; para reforzar la lectura comprensiva; y para adquirir la capacidad de expresar las emociones a través del papel. En paralelo a las letras e incluso compartiendo el aprendizaje de los movimientos, las niñas también aprendieron a bordar como parte de su formación básica, ligada al modelo establecido de tareas femeninas.

Al mismo tiempo, la formación religiosa fue siempre la primera instrucción otorgada niñas y niños en busca de que formar buenos cristianos. En este sentido gran parte de los autores que escribieron sobre la educación femenina desde principios hasta finales de la Edad Moderna, dedicaron especial atención a la adquisición de los principios

⁶¹ *Ibidem*, p. 144.

⁶² *Ib.*, pp. 138-143.

⁶³ FRAGONARD, Jean Honoré. *Muchacha leyendo*. 1769. Galería Nacional. Londres.

de la moral a través de las prácticas religiosas cotidianas. La responsabilidad en la enseñanza de los preceptos religiosos recayó sobre la madre y del padre, aconsejando en este sentido la autora Josefa Amar que fuesen las madres las encargadas de la labor.

Las futuras damas aprendieron la religión mediante la observación, por lo que fue fundamental el uso de imágenes, habituales en sus residencias, casas y palacios donde eran comunes los elementos decorativos religiosos. Algunos ejemplos fueron las representaciones de Santas, mujeres bíblicas y de la antigüedad clásica, y la destacada presencia de las vírgenes que les ofrecieron una imagen de feminidad idealizada, donde María encabezó el arquetipo de perfección femenina. Finalmente, a través de la lectura del Evangelio y la memorización de las Sagradas Escrituras y los relatos de las vidas de Santos.

Unido a ello, también se formaba a las jóvenes en materias ligadas a la domesticidad donde la administración de la comida familiar, con su correcta compra y preparación por parte de las mujeres del hogar cuyas referencias cobraron mayor importancia desde finales del siglo XVII. Los tratados de educación y crianza insistieron en que las jóvenes debían aprender a cocinar como parte asistencial a su familia, pero entre las damas de la nobleza fue raro que ellas se dedicasen a tales labores de manera directa aunque sí se encargaron de planificar los menús e inspeccionar las cocinas de sus hogares⁶⁴.

La educación femenina del siglo XVIII fue clave para el desarrollo de las facultades intelectuales y morales de las niñas, pues sin esta formación –cuyos conocimientos fueron ampliados a lo largo de la centuria– no hubiesen podido formar parte activa de la sociabilidad de la Ilustración.

1.2.3. La evolución educativa del siglo XVIII

Con la llegada del Siglo de las Luces y sus novedosas ideas se introdujo a las jóvenes en el estudio de nuevas materias educativas directamente vinculadas a su condición social, y ligado a la necesidad de que las jóvenes damas de la nobleza desarrollasen sus propias ideas y debatiesen en los salones, que ellas mismas regentaron. Así, «la educación femenina se vio orientada a ofrecer a la mujer el desarrollo de un papel todavía más activo en sociedad y dentro de la pareja matrimonial»⁶⁵; por lo que el aprendizaje, por ejemplo, de lenguas extranjeras que fue requerido a las damas aumentó.

El conocimiento de idiomas fue la gran novedad pedagógica introducida por las ideas ilustradas, destacando principalmente el francés y en menor medida el inglés o el italiano. La posibilidad de hablar y comprender distintos idiomas permitió a las jóvenes desenvolverse en sus viajes por el continente y en los refinados ambientes de la realeza y nobleza europea, además de abrirlas puertas a las nuevas corrientes literarias. El

⁶⁴ *Ib.* pp. 172-173.

⁶⁵ *Ib.* 145.

aprendizaje de idiomas se llevó a cabo gracias a las institutrices, ayas o maestros extranjeros, tal como Madame de Gentis relató en su obra *Adela y Teodoro o Cartas sobre la educación* (1792). Al mismo tiempo, en las lecciones destinadas al aprendizaje de las lenguas pervivió el estudio de las lenguas clásicas, como el griego y el latín que fueron impartidos por profesores privados o ciertas instituciones escolares. Este conocimiento del latín fue destacado en su obra por Josefa Amar lo consideraba un «signo de prestigio»⁶⁶.

La ampliación intelectual puso de manifiesto el aumento de estima de las mujeres dentro del matrimonio. En los acuerdos matrimoniales ilustrados se buscaron esposas bajo el ideal femenino del momento, en el que se introdujo la novedad de que la doncella supiese acompañar, entretener y conversar. Lo más habitual para formar a las jóvenes damas fue enseñarles bajo un modelo donde primó la obtención de habilidades útiles para el linaje, dejando a un lado sus intereses personales. En palabras de Laura Malo,

«la educación de las mujeres de la élite, privilegiada y nutrida con diversas materias que les conferían una visión global, aunque limitada del mundo buscaba formar en las niñas nobles futuras esposas y madres, educadas para compaginar y destacar en la vida familiar y social de la nobleza»⁶⁷

Buscando que las damas desarrollasen destrezas y formas de comportamiento unidas a la buena educación se las introdujo en nuevas materias tales como el aprendizaje: de Filosofía moderna y Ciencias matemáticas y experimentales; de Lógica, Física, Historia natural y Astronomía –aunque de manera más trivial–; y en materias artísticas: pintura, música y baile, que podían ocupar a las muchachas en las horas vacías.

La música y el canto fueron materias habituales en la educación de las jóvenes damas de la élite pues se encontraron ligadas al modelo femenino que relacionaba la materia con la tranquilidad y la sumisión. Autores como Fenelón subrayaron la necesidad de guiar las inclinaciones musicales de las pequeñas, ya que la música debía ser instruida mediante cantos sagrados; aunque las muchachas también entonaron canciones de amor profano. La práctica musical fue habitual en las veladas públicas sirviendo a las jóvenes damas para lucirse en sociedad y ante la presencia masculina; costumbre que según los moralistas podía llevarlas a comportamientos inadecuados.

Unido a la formación anterior, se las educó en la disciplina de la danza mediante coreografías que evolucionaron a lo largo del siglo XVIII gracias a las nuevas corrientes de los espacios europeos. «Aprender a bailar era necesario para la formación de las jóvenes de la élite, participantes frecuentes en fiestas y convites»⁶⁸ y conveniente para su correcto desarrollo en sociedad. Los bailes fueron criticados dentro de los tratados pues el contacto físico y visual de damas y caballeros que conllevaba su ejecución era desaconsejable para la virtud de las muchachas. La autora Madame Leprince Beaumont condenó el baile al tratarse de una actividad fuera de la protección del hogar, aprobando la práctica si se realizaba dentro de casa y en un entorno femenino. El espacio donde se

⁶⁶ *Ib.* 179-181.

⁶⁷ *Ib.* p. 186.

⁶⁸ *Ib.* p. 194.

enseñó a bailar a las muchachas fue el hogar, y para el siglo XVIII ya se editaron manuales sobre el arte del baile como *Reglas útiles para los aficionados a danzar* (1745) de Bartolomé Ferriol y Boxeaux, en la que ya se introdujeron las nuevas danzas francesas que llegaron a la Península de la mano de los Borbones y que terminaron por predominar frente a los bailes clásicos españoles.

A través de estas enseñanzas se educó a las jóvenes sobre el comportamiento que debían tener en el exterior del hogar, quedando recogidos los principales consejos en los manuales de formación femenina. En sus páginas se incluyó cómo caminar, las compañías que elegir durante sus paseos, qué espacios visitar, a qué espectáculos asistir y cómo hablar, comer y beber en público y en privado. Estas «normas [...] variaron escasamente a lo largo de la Edad Moderna y conservaron para sí el vínculo de las sugerencias presentadas con el ideal femenino a alcanzar»⁶⁹.

Los programas educativos diseñados para la formación de las jóvenes en los tratados del siglo XVIII se construyeron según los ilustrados en las apariencias, ejemplo de ello fue la «Carta de una Señorita sobre su educación», publicada en el *Pensador*⁷⁰. De esta manera se perpetuaron los valores aristocráticos del honor y la ostentación, enseñanzas de las que se quejó en sus escritos Inés Joyces. La educación femenina de este siglo insistió muy a menudo en que la domesticidad debía ser la finalidad de la formación de las jóvenes de acuerdo a su naturaleza. Y, en consecuencia, siguieron reeditándose obras de épocas anteriores como *La Perfecta Casada* (1583) de Fray Luis de León⁷¹ que perpetuaban el modelo tradicional de mujer perfecta.

La formación intelectual que recibieron las niñas y jóvenes durante la Ilustración otorgó una importancia clave a la educación en el hogar y dependió en gran medida de la voluntad de las familias, encargadas de dirigir su instrucción⁷². Aunque hubo voces a favor de admitir que las mujeres distinguidas recibieran formación en las letras, su instrucción se resintió pues no dispusieron de centros de instrucción de calidad donde recibir las prácticas. A pesar de las dificultades, las fórmulas educativas que se siguieron fueron diversas.

En España las familias aristocráticas que buscaron para sus hijas una educación más completa y tradicional recurrieron a tutores privados de prestigio, como estudiosos o escritores que proporcionaban una instrucción laica –intelectual y artística– en «lenguas clásicas y modernas, Historia y Geografía, Aritmética y Astronomía»⁷³ complementada con la formación religiosa recibida en el hogar⁷⁴. Algunas de las alumnas destacadas por formarse con tutores fueron Josefa Amar y Borbón (1749-1833) –que dentro de su clase fue una excepción posible gracias a su familia culta–, María Cayetana de la Cerda y Vera (1755-1798), María del Rosario Cepeda y Mayo (1756-1816), María Isidra de Guzmán y

⁶⁹ *Ib.* p. 203.

⁷⁰ Periódico madrileño editado entre 1762 y 1767.

⁷¹ BOLUFER, Mónica. *Mujeres e Ilustración...*, op. cit. pp. 151-155.

⁷² MALO BARRANCO, Laura. *Nobleza en femenino...*, op. cit. p. 175.

⁷³ BOLUFER, Mónica. *Mujeres e Ilustración...*, op. cit. p. 159.

⁷⁴ FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, op. cit. 227.

de la Cerda (1767-1803) o María Pascuala Caro Sureda (1768-1827). De manera más inusual, hubo familias privilegiadas que contrataron a una institutriz, como fue el caso de la discípula de madame Le Prince de Beaumont que educó a las hijas de los IX duques de Híjar, María del Pilar (1766-1835) y María Teresa Silva Fernández de Híjar (1772-1818)⁷⁵ aplicando la metodología de su maestra. A imitación de las institutrices habituales en Francia e Inglaterra, esta práctica de contratar a damas formadas para la educación de las niñas se hizo más común en España a partir de la segunda mitad del siglo XVIII.

También dada la mayor posibilidad de acceso a la educación otorgada a los varones de la casa, las jóvenes pudieron acceder –bajo permiso paterno– a las clases donde se enseñaba a sus hermanos. Ello hizo que en los ambientes privilegiados se considerase la utilidad de ofrecer a las niñas una educación reglada buscando que pudiesen hacerse cargo de las propiedades familiares en caso de necesidad. Y esta idea, abrió la puerta a las niñas que desearon acceder a la formación dada a los varones, aunque siempre de manera limitada a aquellas materias que se consideraron correctas para ellas.

Por otro lado, para el desarrollo del modelo educativo en el hogar fue fundamental la importancia de la línea femenina de instrucción, gracias a la cual las niñas aprendieron a través de la imitación de la madre, las tías, las abuelas o las hermanas impulsadas por su propia curiosidad. En este entorno femenino, normalmente guiadas por su madre, las jóvenes iniciaron la formación intelectual y comenzaron a obtener ciertas habilidades fundamentales para desenvolverse en sociedad. Además del entorno familiar existieron otras mujeres que participaron activamente en el desarrollo de las pequeñas. Estas mujeres fueron las amas de leche o de cría, que más allá de la lactancia se preocuparon por acompañarlas en los primeros años de vida; para dar paso después a las ayas o amas⁷⁶. La educación en el hogar fue una costumbre que perdió fuerza en el desarrollo del Siglo de las Luces, a favor del encargo educativo cada vez más vinculado a órdenes religiosas e instituciones privadas⁷⁷.

Las familias que eligieron educar a sus hijas fuera del hogar pudieron elegir una diversa propuesta educativa ofertada por monasterios, conventos, colegios de doncellas y las instituciones escolares dirigidas por órdenes religiosas y laicas. Algunas de las instituciones religiosas que se fundaron para las primeras letras fueron los colegios de la Compañía de María de Tudela (1744), la Visitación de Madrid (1749) y la Santa Rosa de Huesca (1765) por dominicas, unidos a los conventos de las Salesas Reales de la Villa⁷⁸ o de las Huelgas de Valladolid. En estos espacios fue donde las damas nobles como las condesas de Carpio, María Rita de Barrenechea y Morante (1757-1795) y del Montijo, María Francisca de Sales Portocarrero de Guzmán y Zúñiga (1754-1808) fueron educadas⁷⁹. Para iniciar la formación de las pequeñas de la aristocracia, las niñas ingresaban en estos espacios desde su más tierna infancia. En los colegios, constituidos

⁷⁵ MALO BARRANCO, Laura. *Nobleza en femenino...*, op. cit. pp. 247-248.

⁷⁶ *Ibidem*, pp. 232-233.

⁷⁷ Véase: FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, op. cit. p. 228.

⁷⁸ MALO BARRANCO, Laura. *Nobleza en femenino...*, op. cit. p. 228.

⁷⁹ BOLUFER, Mónica. *Mujeres e Ilustración...*, op. cit. p. 159.

como espacios donde las jóvenes aprendieron a salvaguardar su honra y desarrollar la fe, se les inculcó además de la habitual formación en moral cristiana, lectura, escritura, aritmética y labores; y otras materias como idiomas modernos, francés e italiano, música y danza, y latín si lo deseaban. Entre estas instituciones religiosas se encontraron los «colegios de doncellas» –predecesores de los internados– populares en Francia e Inglaterra durante el siglo XVII. Estos centros fueron exclusivos para las niñas de buena familia y como acción caritativa admitieron a doncellas huérfanas y pobres⁸⁰. Desde una visión más crítica de la educación religiosa se fundaron desde las instituciones laicas por proposición de del político Pablo de Olavide (1725-1803) y tras la expulsión de los Jesuitas (1767), colegios donde se enseñó a niñas y niños: gramática, francés, geografía e historia, dibujo, baile, música, nociones de cosmología, poesía y declamación⁸¹.

Una minoría de niñas y doncellas más privilegiadas, hijas de ricos aristócratas o comerciantes acomodados fueron formadas en el extranjero como las hijas del conde Herviás, enviadas a Bayona. Otras asistieron a clases diurnas, como en Cádiz donde a finales del siglo XVIII comenzaron a fundarse academias privadas de francés donde pudieron asistir las jóvenes. Y finalmente, hubo otro grupo de pequeñas que tuvieron que conformarse con aprender de manera autodidacta, tutorizadas en ocasiones por el padre o los hermanos, como fueron los casos de la traductora de Françoise de Graffigny (1695-1758) futura anfitriona de salones literarios, María Rosario Romero (c. 1765-?)⁸².



Figura 3. *La Mère laborieuse* (Madre e hija)⁸³

⁸⁰ MALO BARRANCO, Laura. *Nobleza en femenino...*, *op. cit.* pp. 217-219.

⁸¹ MORANT DEUSA, Isabel. *Historia de las mujeres en España...*, *op. cit.* p. 487.

⁸² CALVO MATURANA, Antonio «Una apología femenina de la conquista española de América. Cartas de una peruana, de María Rosario Romero (1792)» TSN. *Transatlantic Studies Network: Revista de Estudios Internacionales*, vol. 5, nº 8, 2019, p. 36.

⁸³ CHARDIN, Jean Baptiste Siméon. *La Mère laborieuse* (Madre e hija). 1740. Museo del Louvre. Francia

Gracias a la diversificación de los espacios educativos se produjeron a lo largo del siglo pequeños pero importantes cambios en la formación femenina de las clases altas en España y en Europa. El aprendizaje de idiomas, francés y latín principalmente, fueron claves para la formación femenina. Los idiomas modernos, –especialmente el francés–, se incorporaron al conocimiento de las damas cultas y estimularon el florecimiento de las mujeres dedicadas a tareas de traducción hacia la mitad del siglo XVIII.

La formación de las mujeres en idiomas fue un tema controvertido durante el siglo XVIII, en esta cuestión los pedagogos Josefa Amar y Borbón (1749-1833) y José Isidoro Morales Rodríguez (1758-1818) defendieron la amplia instrucción femenina aconsejando que se formase a las mujeres, aparte de en lenguas modernas, también en lenguas clásicas –latín y griego– pues eran la puerta al mundo erudito; además de un requisito básico para lograr una sólida formación.

Consecuencia del debate relativo a la formación femenina⁸⁴ del siglo XVIII se consiguió abrir paso la concepción de la necesidad de instruir de manera más amplia a las mujeres, adaptándose a la posición social de cada dama. «De forma implícita, para todos era evidente que el saber era indisociable del poder»⁸⁵ por lo que la siguiente preocupación fue la de en qué espacios y con qué actitudes era recomendable que las mujeres desempeñasen los saberes aprendidos, o bien, cómo debían ampliar su instrucción sin desafiar su rol subordinado dentro de la familia y la sociedad ilustrada. Estos nuevos espacios fueron los salones, lugares de sociabilidad en la privacidad del hogar, donde las mujeres pusieron en práctica su inteligencia y talentos.

⁸⁴ En este aspecto la condesa de Montijo, María Francisca de Sales Portocarrero (1754-1808) miembro de la comisión sobre la educación de la Junta de Damas opinó contraria a que en la idea de la conveniencia se debieran incluir materias de construcción de negocios, pues consideró estos saberes no aptos ya que podrían ser inspiradores y ambiciosos.

⁸⁵ BOLUFER, Mónica. *Mujeres e Ilustración...*, *op. cit.* p. 165.

2. El salón y las *salonières*

Las formas de sociabilidad sufrieron diversos cambios en el Siglo de las Luces, evolucionando desde las tradicionales formas de contacto ligadas a lazos de parentesco y redes clientelares o amistosas; así como creadas entorno a las hermandades religiosas, las corporaciones profesionales y las cortes de los reyes y nobles. Esta situación coincidió con

«la afirmación de la privacidad, la difusión de la Ilustración, la concienciación política de los diferentes grupos sociales, la aparición de nuevos órganos de expresión cultural como la prensa, o la incorporación de las mujeres a la cultura, dando paso a una sociabilidad nueva, igualitaria y democrática»⁸⁶.

La pertenencia a determinado grupo social fue esencial en los diversos espacios privados que surgieron con la fundación de asociaciones, academias literarias, gabinetes de lectura, salones de discusión y grupos politizados. Estos lugares impulsaron la creación de nuevas relaciones sociales en paralelo a la progresiva disolución del Antiguo Régimen y comprometidos con el progreso cultural y político.

Las élites comenzaron a reunirse en los espacios públicos con el resto de los grupos sociales, con los que compartieron multitud de actividades festivas, cívicas, culturales y religiosas. En consecuencia, al adherirse la cultura popular a la de las élites, las clases altas comenzaron a distanciarse de las masas buscando mostrar su superioridad y distinción relegando sus diversiones y entretenimientos a su esfera particular. Siguiendo esta idea, Gloria Franco afirmó que

«[...] los espacios privados cumplirán una triple función: serán el dominio perfecto de la privacidad, un área descanso, de la intimidad doméstica y familiar, ajeno al exterior, donde se establecen nuevas relaciones conyugales, paternofiliales y fraternales, y de amistad entre hombres y mujeres; y en segundo lugar son el marco idóneo para el divertimento, el recreo y el ocio como lugar de encuentro para tertulias, banquetes, bailes, audiciones de música y relaciones galantes; tercero, proporcionan la cobertura necesaria para el desarrollo del asociacionismo cultural, científico y político»⁸⁷

Los ambientes aristocráticos y cortesanos comenzaron a guiarse bajo una nueva sociabilidad donde prevaleció la visita al ser institucionalidad y el arte de conversar. En estos nuevos espacios se dio lugar a las tertulias humanísticas de las República de las letras⁸⁸, donde destacó la anfitriona del hogar, ya fuese como participante activa en las conversaciones o impulsando el mecenazgo de artistas e intelectuales. En las reuniones intelectuales, la conversación se alzó a la categoría de arte, viéndose impulsada por grandes escritores del momento y con la difusión de los libros denominados *Flores del bien decir* donde se enseñaba a hablar, discutir y conversar. En la Europa del siglo XVIII el arte de conversar se situó entre el entretenimiento y la discusión moral y política; y las

⁸⁶ FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, op. cit. 252

⁸⁷ *Ibidem*, p. 253

⁸⁸ Comunidad imaginaria, sistema de comunicación y red de intelectuales de finales del siglo XVII y XVIII en BURKE, Peter. «La república de las letras...» p. 37

nuevas formas de sociabilidad en los espacios privados como los salones, se articularon en el hogar a través de la denominada cultura de la mesa y el libro⁸⁹.

2.1. Orígenes e Historia de los Salones

Los salones en la Edad Moderna, construyeron peculiares espacios de sociabilidad cultural como máximos exponentes de la cultura femenina de la época. En estos espacios fue característico que la dirección de la conversación correspondiera a una mujer, la denominada *salonière*. Los salones, aunque con su auge en el Siglo de las Luces tuvieron lugar en varias épocas, pues desde su fundación en el Renacimiento hasta su desaparición en el siglo XX «simbolizaron la Europa del espíritu y fue al mismo tiempo, el escenario de un ensayo general de la emancipación de la mujer»⁹⁰. La *salonière*, fue la anfitriona y el centro de la vida social de su grupo. Se la definió por ser una mujer

«erudita y culta, interlocutora en pie de la igualdad con los hombres que asistían a sus reuniones, verdadera promotora de estas tertulias donde se combinaba perfectamente la preocupación cultural, científica y social con aspectos lúdicos como el juego, la conversación, la lectura o el placer de la mesa»⁹¹

La *salonière* solía ser una dama de buena posición económica dotada de gran inteligencia y gracia que actuaba como un imán sobre sus invitados, y además disponía entre las paredes de su hogar de una autoridad indiscutida como creadora de una atmósfera intelectual donde su papel era el de mediadora. Estas damas conocidas por su gran cultura fueron las encargadas de transmitir en el terreno cultural y social la posibilidad de la cultura femenina en la Edad Moderna.

Los salones fueron lugares caracterizados por su libertad para el desarrollo cultural y también como enclaves espirituales donde se trabajó el igualitarismo social entre intelectuales, escritores y filósofos, y donde se mezclaron la burguesía y la nobleza⁹². De esta forma, se desarrollaba uno de los rasgos más propios de los mismos: el de romper los límites sociales. Las reuniones se construyeron como

«espacios de libertad de pensamiento, más allá de las doctrinas oficiales, de encuentro, más allá de las diferencias estamentales, y espacios de libertad para la emancipación femenina, más allá de las normas y sistemas sociales que [...] habían adjudicado a la mujer una función inmutable y conformista»⁹³.

Este singular ambiente tuvo su precedente en los espacios intelectuales desarrollados con las bases de la «República de las letras», los cuales se caracterizaron

⁸⁹ FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, *op. cit.* p. 254.

⁹⁰ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos: las cimas de una cultura femenina desaparecida*, Barcelona: Península, 1998, p. 11.

⁹¹ FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, *op. cit.* p. 258.

⁹² *Ibidem*, p. 258.

⁹³ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, *op. cit.* p. 12.

por ser un ambiente erudito y artístico desarrollados durante la Edad Media como opuestos a las universidades y a las Cortes.

El salón tal como lo conocemos nació a finales del siglo XVII en las estancias de algunas parisinas nobles y burguesas que dieron cita a ilustres invitados para conversar y debatir en sus hogares temas de la actualidad de la época. De este modo, aquellas tertulias literarias o académicas informales contribuyeron a difundir la cultura general y la amistad entre los intelectuales y las élites. Tras asentarse, dentro de las prácticas cultas de sociabilidad, entre los siglos XVIII y XIX estos espacios tuvieron su apogeo, creando en los hogares de las *salonières* una nueva cultura de élites donde se establecieron relaciones entre la nobleza, la burguesía, los representantes de los medios intelectuales y artísticos y finalmente el clero. Su lema fue el de la «diversificación de la homogeneidad, tolerancia y falta de prejuicios»⁹⁴

La autora Verena Von Der Heyden-Rynsch definió estos espacios de sociabilidad por sus rasgos comunes. Para ella, el salón fue el representante de una sociabilidad libre de finalidad o trabas y cuyo punto de unión fue una dama. Un espacio donde los invitados asiduos se reunían un día concreto, de manera regular y sin una invitación particular; manteniendo entre ellos un trato amistoso. Los asiduos pertenecieron a círculos y capas sociales diversas, pero se encontraron unidos por la conversación sobre temas literarios, filosóficos o políticos.

El salón fue el lugar donde se cultivó la inteligencia de los y las hablantes a través de la cultura de la conversación, haciendo del trato amistoso un arte selecto de sociabilidad. La charla en los salones discurrió en función de la actualidad del momento sin límites de tiempo u obligación unitaria. En el siglo XVI estuvo impulsada por la curiosidad que les atrajo de los descubrimientos del nuevo mundo y en el siglo XVIII por las ideas de la Ilustración y la imagen del mundo que comenzaron a exponer las ciencias naturales. Durante esta centuria, hubo un gran número de este tipo de reuniones en salones ligados al mundo femenino, ya que toda dama que se preció fundó el suyo.

El primer salón antecedente de aquellos que podemos denominar ilustrados fue fundado por la marquesa de Rambouillet, en 1610 en París⁹⁵. En la capital francesa nació con él una gran novedad debido a que estos espacios estuvieron al margen de obligaciones y valores cortesanos, y además, se situaron fuera del palacio de Versalles.

El Hôtel Rambouillet fue dirigido por Catherine de Vivonne (1558-1668), marquesa de Rambouillet, mujer admirada por su gran belleza y extraordinarias dotes intelectuales y artísticas. Para crear su salón la marquesa reformó el palacio familiar bajo las concepciones que después se incorporaron a los ideales de la vivienda moderna; con divisiones de los amplios espacios conectados entre sí por un salón, un comedor y habitaciones. Su proyecto fue muy admirado pues eliminó las salas que sólo tenían fines representativos características de la vida cortesana apostando por la utilidad. Así, la

⁹⁴ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, op. cit. p. 19.

⁹⁵ FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, op. cit. p. 258.

conocida como «Habitación Azul»⁹⁶ una sala tapizada con seda de color azul se transformó en el centro selecto de la sociedad parisina que marcó un nuevo estilo de vida teniendo su apogeo de 1638 a 1645. Dicho salón, fue un espacio donde los marqueses acompañados de sus invitados celebraron cantidad de actos literarios y donde la conversación se elevó al ingenio y el buen gusto marcando un nuevo estilo de vida de refinada cortesía definido como *preciosité*. Al principio la *preciosité* nació de un anhelo de complejidades, antítesis y metáforas sutiles que contribuyeron a refinar el arte de la conversación como puente cultural y humanizador. Sin embargo, su resultado fue el contrario, pues se produjo un exceso de formalismos donde la conversación libre sucumbió a la formalidad.



Figura 4. *La lectura de Molière*⁹⁷

Con el declive de la «Habitación Azul» y bajo su inspiración fueron creados en la capital francesa, así como en multitud de provincias cercanas, nuevos salones donde imperó «la sensibilidad femenina, que determinaba las formas de trato, el gusto literario y hasta la estructura del lenguaje»⁹⁸. En este nuevo contexto de vida estilizada en los salones, algunas «preciosas» apostaron por mantenerse solteras, rechazando lo considerado natural para el género femenino y censurándose a sí mismas de cualquier muestra de cariño; o dedicándose a cultivar el puritanismo lingüístico. En el salón de Mademoiselle de Scudéry (1607-1701), los hombres fueron el objetivo, considerando las ventajas que podían obtener de la relación con un hombre de título o de talento⁹⁹. Sus elecciones que fueron objeto de burla de autores de comedias y satíricos como Molière, Boileau y La Fontaine. Ligado al desarrollo de los salones y su asentamiento social, las *salonières* buscaron caer en gracia al rey francés Luis XIV (1638-1715) mediante la influencia de su amante Madame de Maintenon (1635-1719). Dicha estrategia fue clave

⁹⁶ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, op. cit. p. 36-37.

⁹⁷ DE TROY, Jean François. *La lectura de Molière*. 1728. Colección privada.

⁹⁸ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, op. cit. p. 40.

⁹⁹ ANDERSON, Bonnie S. y ZINSSER, Judith P. *Historia de las mujeres...*, op. cit. p. 126.

pues la Corte al principio miró con desconfianza a la nueva sociabilidad cultural que estaba naciendo; pero con el paso del tiempo, el pasatiempo habitual de los cortesanos pasó de la caza a la conversación instruida.

Los salones más allá de ser un espacio social también fueron descritos en importantes obras literarias del momento. Una de las principales fue la novela de la escritora francesa Madeleine de Scudéry (1607-1701) y su hermano Georges, *Artamène ou Le Grand Cyrus* (1649-1653) que marcó un hito para los salones. En sus hojas la autora relató de manera detallada y bajo su propia experiencia –pues junto a su hermano miembro de la Academia había fundado un salón¹⁰⁰–, el ambiente de los salones donde las charlas cargadas de ingenio y sentimientos nunca cesaban girando entorno a «la muerte, la educación femenina, la esencia de la cortesía y, [...] (diversas) cuestiones literarias»¹⁰¹. Su salón fue frecuentado por autoras como Madame de Lafayette escritora de *La Princesa de Cleves* (1678)¹⁰² y su obra fue duramente criticada por autores como Molière en *Las preciosas ridículas* (1659), texto donde el escritor abrió el debate sobre los ideales de comportamiento de la época criticando los excesos.

Otros salones precedentes del salón ilustrado fueron el de Madeleine de Souvré (1599-1678) conocida como Madame Sablé y antigua dama de la reina María de Medicis donde su más ilustre invitado fue el escritor La Rochefoucauld. A él, se unieron también los salones de las sobrinas del cardenal Giulio Mazarino, apodadas «las mazarinettes» que influenciadas por su educación en la corte francesa crearon salones en Colona y Londres¹⁰³.

2.2. Los salones ilustrados del siglo XVIII

La Ilustración, época delimitada en Francia por las autocracias de Luis XIV (1638-1715) y Napoleón (1769-1821), fue un periodo de especial significación para las mujeres ya que estas aumentaron en gran medida su libertad social. En este contexto

«muchas mujeres se preocuparon por mantener un salón propio, expresión de su libertad, pues en él podían recibir a quien querían y al mismo tiempo comprobar hasta donde llegaban su influencia y el interés por su persona»¹⁰⁴.

Los salones se convirtieron en importantes centros para el Estado donde la anfitriona actuó como autoridad moral y los palacios abrieron sus puertas a pensadores eruditos y artistas, dando paso del salón literario característico del siglo XVII al salón de conversación propio del siglo XVIII. Así, las *salonières* francesas del Siglo de las Luces tuvieron poco o nada en común con sus predecesoras, las «preciosas ridículas».

¹⁰⁰ FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, op. cit. p. 258.

¹⁰¹ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, op. cit. p. 40.

¹⁰² Obra situada en el mundo aristocrático.

¹⁰³ FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, op. cit. p. 259.

¹⁰⁴ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, op. cit. p. 52.

El nuevo siglo se caracterizó por su curiosidad hacia el conocimiento que derivó en una apertura de los horizontes «al extranjero, a lo cosmopolita y a lo exótico, por sus confrontaciones intelectuales y científicas, por su ideología heterodoxa y, sobre todo, por ser el foco de difusión de la filosofía ilustrada»¹⁰⁵. Las influencias que recibió París vinieron principalmente de las costumbres británicas en cuanto a libertad de religión y opinión. Y muestra de esta nueva curiosidad por enriquecer el habla y la vida fue el éxito de la *Enciclopedia*¹⁰⁶, en cuyo índice temático se incluyó todo el saber humano hasta el momento.

La vida social de los salones se caracterizó por su carácter cosmopolita, donde la inteligencia de las anfitrionas abrió importantes vías al conocimiento y al entendimiento. Muchos de los extranjeros invitados gozaron de un lugar honorífico como por ejemplo «los ingleses Bolingbroke y Chesterfield (que) acudían a casa de madame de Tencin; o el alemán Melchior Grimm (que) se convirtió en amigo inseparable de madame d'Epina»¹⁰⁷. En estos espacios de conocimiento, lo particular decayó a favor de lo universal gracias a la apertura de las fronteras europeas, y en ellos se presentaron los ideales de los que después se nutrió la Revolución Francesa que tuvieron su nacimiento en la tendencia a la democratización de la que los salones fueron mediadores.

El número de salones creció de tal manera en la Francia del siglo XVIII que resultaron casi incontables y su número exacto no ha quedado testimoniado. En París hubo cinco salones principales que marcaron tendencia: «el de madame de Lambert, el de madame de Tecin, el de madame de Geoffrin, el de madame du Deffand y el de mademoiselle de Lespinasse»¹⁰⁸

2.2.1. *Los principales salones parisinos*

El más destacado de los salones fue el de Anne-Thérèse de Marguenat de Courcelles (1647-1733) que fundó su salón en Hôtel de Nevers. Madame de Lambert fue conocida por ser pionera en establecer contactos entre el mundo aristocrático situado en la corte de Versalles y el intelectual constituido por el medio artístico y erudito parisino. Madame de Lambert personificó la vinculación «entre el clasicismo y la Ilustración. Su independencia, tanto intelectual como social, y las libertades artísticas y sociales que permitió que en su casa dejaron huella en todos los salones sucesivos»¹⁰⁹. En el círculo intelectual al margen de lo cortesano regentado por Madame de Lambert, se dieron charlas sobre asuntos filosóficos y científicos, en muchas ocasiones bajo la dirección del filósofo francés Montesquieu¹¹⁰. Su moderno salón filosófico-literario estuvo abierto a

¹⁰⁵ FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, op. cit. p. 259.

¹⁰⁶ La *Enciclopedia Francesa* fue publicada en 35 volúmenes entre 1751 y 1780 bajo la autoría de Denis Diderot y Jean le Rond d'Alembert.

¹⁰⁷ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, op. cit. p. 59.

¹⁰⁸ *Ibidem*, p. 60.

¹⁰⁹ *Ib.*, p. 61.

¹¹⁰ FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, op. cit. p. 259.

las damas de los diversos sectores siendo habituales las visitas de aristócratas, literatas y actrices como Adrienne Lecouvreur.

Thérèse de Courcelle no tuvo una infancia dichosa y a causa de las largas ausencias maternas completó su tiempo de juventud inclinándose a la lectura y la escritura; unos conocimientos que unidos a su introducción en el mundo de las preciosas y al trato galante por su padrastro determinaron su vida adulta. A los dieciocho años se casó con el marqués de Lambert y con el fallecimiento de su esposo –mayor que ella–, comenzó a dedicar su tiempo a sus inclinaciones intelectuales. En 1710 la marquesa fundó su salón y, consciente del desarrollo de los salones del siglo anterior, buscó distanciarse de ellos y enfocó sus intereses hacia la literatura y la filosofía. Entre sus gabinetes, todos los miércoles por la noche se reunieron mentes críticas y artistas célebres que hicieron que el prestigio del salón fuera tan importante, que rara vez se nombró a un miembro de la Academia sin que ella lo hubiese recomendado antes.

Gracias a su salón, Madame Lambert continuó cultivando sus conocimientos y orientó su interés por la posición de las mujeres en la sociedad, escribiendo *Réflexions sur les femmes* (1727) y algunos textos sobre la educación en la infancia siguiendo las ideas de Fenelón, famoso por ser el percusor de la educación moderna en sus escritos pedagógicos basados en la tolerancia¹¹¹.

En segundo lugar, Claudine-Alexandrine Guérin de Tencin (1682-1749) también conocida como la “monja Tencin”, presumió de un carácter indomable que hizo a su padre ingresarla en un convento de dominicas. Pero, gracias a su inteligencia se convirtió en un atractivo para los visitantes del convento de Montfleury que buscaban conversar con la novicia. De esta manera «Madame de Tencin hizo su presentación pública como *salonnière* con solo quince años y tras los muros de un convento»¹¹². Tras la muerte de su progenitor se liberó de los votos y se trasladó a París donde se instaló en casa de madame Ferriol. Allí conoció a influyentes personalidades de la Corte y la sociedad francesa; y mantuvo una esporádica relación con un oficial del ejército de la que nació su primer hijo. El pequeño Jean-Baptiste Le Rond, llamado D’Alambert –que después fue uno de los fundadores de la *Enciclopedia*–, fue abandonado por su madre en las escaleras de una iglesia.

La carrera social de madame Tencin estuvo muy vinculada a las intrigas de la Corte francesa. De ahí nacieron las ocasionales relaciones con el príncipe Felipe de Orleans (1640-1701), que acabó por despedirla al no soportar sus inteligentes discursos. Poco después se convirtió en la amante del primer ministro el cardenal Dubois, de cuya relación nació el creciente interés de la dama por promocionar a su hermano, el abate Tencin. Los hermanos Tencin estuvieron toda su vida muy unidos, gozando siempre de su confianza mutua. Ambos vivieron bajo el mismo techo, encontrando la fórmula para que ella se integrase en la vida social del abate sin escandalizar a la sociedad; ya que madame Tencin fue una mujer de clausura que dejó los hábitos bajo propia voluntad.

¹¹¹ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, op. cit. p. 63.

¹¹² *Ibidem*, p. 64.

Madame de Tencin fundó su salón cuando las fuerzas de madame Lambert flaquearon. Ella se hizo cargo de los ilustres huéspedes de su predecesora y, gracias a su hermano su salón se convirtió en un espacio donde también se reunieron jesuitas, arzobispos y clericales. El círculo de la monja Tencin se reunía los martes y en él destacaron habituales, entre los que se encontraban filósofos y diplomáticos a los que ella bautizó como los siete sabios, siendo los pilares de su actividad social. Entre estos ilustres personajes se encontraron John Law¹¹³, Fontenelle, Montesquieu o la filósofa Émilie du Châtelet –sobre la que Voltaire sintió gran afecto–. El salón de madame Tencin se postuló por su idéntica dignidad de las inteligencias¹¹⁴.

En tercer lugar, Marie-Thérèse Rodet Geoffrin (1699-1777) fue una de las invitadas asiduas al salón de madame Tencin. Tras la muerte de dicha anfitriona la burguesa Geoffrin, fundó su propio salón en su palacete donde reunió a casi todos los talentos de París. Hija de un camarero de la reina, perdió prematuramente a sus padres y se trasladó a París donde fue educada por su abuela. Madame Geoffrin no se distinguió por su gran cultura como otras anfitrionas sino por su abundante sentido común que la llevó a conocer, con catorce años a François Geoffrin –un rico viudo mayor que ella– con quien se prometió.

Las damas Geoffrin y Tencin coincidieron en París por razones de cortesía y proximidad, pues fueron vecinas. Gracias al salón de madame Tencin, la joven Geoffrin entró en contacto con la élite intelectual y se entregó a ese mundo cautivada por las mentes de Fontenelle, Marivaux y Montesquieu¹¹⁵.

El siguiente paso fue el de crear su propio salón para lo cual poseyó los medios, pues disponía de una gran fortuna y era ambiciosa y cordial. A pesar de su escasa formación, se sintió tremendamente atraída por los asuntos intelectuales de la época y entre los muros de su hogar se programaron reuniones dos veces por semana; los lunes dedicados al arte y los miércoles a literatos y filósofos, donde también encontraron su espacio los enciclopedistas¹¹⁶. El círculo de Geoffrin fue una especie de escuela donde se fomentó la libertad de pensamiento y la instrucción personal, y su anfitriona se caracterizó por su hospitalidad. Sus invitados gozaron siempre de cordiales acogidas y Geoffrin fue conocida por ser una generosa mecenas, unas cualidades que le hicieron desempeñar un papel protector y maternal; entre sus amistades más íntimas destacó la del rey de Polonia, Stanislaw Poniatowski (1732-1798), que la llegó a considerar una madre. También es reseñable la estrecha relación que mantuvo con Catalina II de Rusia (1729-1796), la futura madre de Catalina la Grande; con la princesa entabló una asidua correspondencia conservada en la actualidad bajo la consideración de ser una de las colecciones epistolares más interesantes del siglo XVIII¹¹⁷.

¹¹³ FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, op. cit. p. 259.

¹¹⁴ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, op. cit. pp. 67-68.

¹¹⁵ *Ibidem*, p. 69.

¹¹⁶ FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, op. cit. p. 259.

¹¹⁷ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, op. cit. p. 70-71.



Figura 5. *El salón de madame Geoffrin* ¹¹⁸

El salón de Geoffrin estuvo enfrentado durante treinta y cinco años al de otra *salonière* llamada madame Du Deffand, cuyos espacios constituyeron dos instituciones contrapuestas y hostiles. En el de Geoffrin primó el sentido común la cordialidad sencilla y el ascenso social de las mujeres burguesas; mientras que el de Du Deffand sobresalió por el libertinaje y la inteligencia, creando un espacio donde se relacionó la aristocracia culta.

En cuarto lugar, Marie de Vichy-Chamrond (1697-1780) fue una destacada figura cultural el Siglo de las Luces famosa por su correspondencia con Voltaire y su crítica a la obra de Montesquieu. Nacida en Borgoña quedó huérfana de manera prematura y pasó su etapa de formación tras los muros de un convento. Su fuerte carácter la marcó desde niña pues «se rebelaba ya contra todo tipo de dogmatismo y desconcertaba a sus compañeras y educadoras con su actitud escéptica e irreligiosa»¹¹⁹. Con veintidós años contrajo matrimonio con un primo lejano, el marqués de Deffand; pero la pareja se separó de manera prematura y la duquesa se dedicó a la vida en la Corte donde fue amante del regente Felipe de Orleans (1640-1701).

Madame du Deffand fue una mujer independiente y de ideales, caracterizada por su decisión de que en todas sus relaciones amorosas buscaba situarse al margen de los sentimientos. Con un ánimo afectado por la «melancolía del espíritu», una sensación en la que coincidieron gran parte de la clase privilegiada de la Francia prerrevolucionaria, la Duquesa se trasladó a París donde fundó uno de los salones preferidos por la aristocracia en el siglo XVIII. En su hogar, las veladas se prolongaron hasta altas horas de la madrugada siendo continuadas día tras día por sus invitados, inmersos en la práctica del arte de la conversación. Sin embargo, en el año 1751 hicieron mella en la anfitriona los

¹¹⁸ LEMONNIER, Anicet Charles Gabriel. *Lectura de la tragedia del orfelinio de la China, de Voltaire, en el salón de madame Geoffrin*. 1755. Castillo de Malmaison. Francia.

¹¹⁹ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, op. cit. p. 72.

primeros síntomas de una grave enfermedad ocular que la obligó a retirarse al castillo de su hermano, donde conoció a su sobrina Julie de Lespinasse, hija ilegítima de Gaspard de Vichy. La joven de apasionado temperamento y sobresalientes dotes intelectuales impresionó a su tía de sarcástico carácter. Al tiempo, Du Deffand regresó a París acompañada por Julie como su dama de compañía; donde la vitalidad y encanto de su sobrina pronto conquistaron al salón de la duquesa. Julie llegó a fundar su propio salón, pero murió de manera prematura, asentando con su muerte una nueva sensibilidad de la que fue percusor el filósofo Rousseau.

Finalmente, a los cincuenta y siete años se quedó ciega, periodo en el que conoció al aristócrata inglés Horace Walpole que tras una vida evitando deseos irrefrenables despertó en ella un amor incondicional, que se materializó a través de una extensa correspondencia entre ambos. Esta colección epistolar constituyó un espejo de la época de transición que desembocó en la Revolución Francesa¹²⁰.

Y por último, Jeanne Julie Éléonore de Lespinasse (1732-1776) fue precursora de un nuevo movimiento de vida que desembocó en el Romanticismo. Julie fundó su salón llamado «el Laboratorio» ayudada por su protectora madame Geoffrin, quien era enemiga de la tía de Lespinasse. Dentro de su hogar se fundó un espacio donde imperó la libertad y los intereses múltiples, como los nuevos datos que aportaron los enciclopedistas y los temas literarios, filosóficos y políticos; cualquier tema fue bien recibido para discutir sin condicionamientos. Su círculo se caracterizó por la sencillez del trato y se convirtieron en la base de lo que después evolucionó a los salones musicales, debido a la gran pasión que sintió la *salonnière* por la música. El centro espiritual del salón fue el filósofo D'Alambert, con quien Mademoiselle de Lespinasse mantuvo una relación de amor platónico que les hizo convivir en casa de ella durante más de un decenio. Otros importantes filósofos que formaron parte del salón de Julie fueron Condorcet y Condillac, o el inglés Hume, que conoció a Rousseau en su casa¹²¹.

Lespinasse murió joven, siendo su apasionada forma de vivir la que consumió su vida. Primero se enamoró del marqués de Mora, un aristócrata español con el que mantuvo una intensa relación de idas y venidas, hasta que finalmente él murió cuando iban a reencontrarse. Tras el trágico suceso, Julie se aficionó a las pasiones exaltadas de la correspondencia del conde de Guibert, al que conoció mientras estaba con el marqués. Ambos iniciaron una tóxica relación que, sumada a la delicada disposición anímica de Julie, la hizo recurrir al opio para aliviar sus tormentos sentimentales. El punto álgido de la situación fue cuando a Lespinasse le llegó la noticia de la inmediata boda del conde dejándola trastornada. Finalmente, en 1776 Mademoiselle de Lespinasse se encerró en su salón dispuesta a morir.

¹²⁰ *Ibidem*, p. 78.

¹²¹ *Ib.* p. 80.

2.2.2. *La cultura de los Salones en Europa*¹²²

De las reuniones en los salones franceses nació una nueva cultura de élites que se difundió por la Europa del siglo XVIII y hacia la segunda mitad de siglo el salón alcanzó su máximo prestigio e influencia a nivel europeo. De esta manera se desarrollaron salones en las principales ciudades del continente, los hubo en «Londres, Viena, Roma, Copenhague y Berlín, entre otras»¹²³. La diferencia fundamental fue el entorno social donde florecieron estos espacios, pues en París las mujeres que los regentaron pertenecían a la aristocracia, en Londres, a la burguesía y en Berlín, muchas de ellas pertenecieron a familias burguesas.

Alemania fue uno de los lugares principales donde comenzaron estos encuentros únicos por su carácter artístico y literario desarrollándose réplicas del «salón matriarcal». En Inglaterra, el café literario y las logias masculinas impidieron la aparición de los salones más allá de algunos intentos aislados que no se prolongaron demasiado en el tiempo. Por su parte, en Rusia surgió en el siglo XIX otra variante propia y en Italia curiosamente, y a pesar de las cortes de musas del Renacimiento, la cultura de los salones apenas tuvo presencia ya que, como en Inglaterra, predominaron los cafés literarios. En el caso español, los salones apenas tuvieron presencia puesto que la sociedad no se sintió atraída por la sociabilidad cultural francesa, salvo excepciones. Por lo general, para la corte española el afrancesado fue una persona sospechosa e indigna a imitar, hecho por el que el café de clientela masculina se adaptó mejor a las costumbres peninsulares¹²⁴.

La cultura francesa fue introducida en Alemania de la mano del rey Federico II de Prusia (1712-1786) en su empeño de hacer de la corte berlinesa un lugar refinado, para lo cual rompió con los principios del modelo de virtudes prusiano instalado por su padre Federico Guillermo I. Para la difusión del salón literario en Alemania, el rey contó con las denominadas autoras sensibles del siglo XVIII, también precursoras de la conciencia de las mujeres en el país. Una de las más famosas exposiciones prerrománticas fue la «Comunión de los Santos» un círculo literario con sede en Darmstadt donde se dio culto a la naturalidad y la sensibilidad, según el espíritu de Rousseau. En paralelo también fueron fundamentales los salones de la «Gran Landgravina», la duquesa de Sajonia-Weimar y el círculo de Johanna Schopenhauer.

Carolina de Hessen-Darmstadt (1746-1821), apodada la «Gran Landgravina» fundó su círculo literario bajo la promoción intelectual del escritor Johann Heinrich Merck. Su grupo se caracterizó por el culto al sentimiento y la amistad donde una de sus particulares asiduas fue la escritora Sophie de la Roche –su amor de juventud–. Aunque lo más resaltable de su salón fue el grupo de damas que se adornaba con nombres poéticos como «Urania» –Henriette von Rossillon–, «Lila» –Louise von Ziegler–, o «Psyche» –

¹²² Véase: VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos: las cimas de una cultura femenina desaparecida*, Barcelona: Península, 1998, pp. 84-105.

¹²³ ANDERSON, Bonnie S. y ZINSSER, Judith P. *Historia de las mujeres...*, op. cit. p. 132.

¹²⁴ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, op. cit. p. 84.

Caroline Flachsland¹²⁵. La «Gran Landgravina» construyó selecto grupo social femenino, cuyo esfuerzo desembocó en las *salonières* berlinesas del siglo XIX.

La duquesa Anna Amalia de Sajonia-Weimar (1739-1807) sobrina de Federico el Grande, fue también participante de la tradición de los salones franceses. Anna Amalia asumió la regencia tras la muerte de su esposo y se mostró como representante de la cultura aristocrática del rococó. Su regencia se situó a finales del siglo XVIII donde en vista del cambio sobre las antiguas categorías políticas y estéticas, en Europa surgió un deseo generalizado de acceso al mundo del arte, en el que participó la duquesa.

En 1788 Anna Amalia emprendió un insólito viaje para su rango y género donde conoció a la pintora suizo-austriaca Angélica Kauffmann (1741-1807)¹²⁶. La duquesa y la artista iniciaron una íntima amistad, profundizada ante su deseo común de fundar un círculo ítalo-alemán de artistas. A su vuelta a Alemania, la duquesa creó en el palacio de Wittum, en Weimar, un importante centro de intercambio literario donde acudieron de manera asidua personajes como los escritores Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832) o Jean Paul (1763-1825). Gracias a la presencia de Goethe en las asambleas la duquesa atrajo a su salón a cantidad de extranjeros como las ilustres Anne-Louise Germaine Necker (1766-1817), conocida como madame Staël o María Pávlovna Románova (1786-1859), hija del zar¹²⁷.

Johanna Schopenhauer (1766-1838), madre del filósofo, fundó también otro de los grandes círculos culturales similar a los salones franceses. Johanna adquirió fama como autora de libros de viajes consiguiendo vivir de los ingresos de su pluma, tras la ruina económica familiar. En la ciudad de Hamburgo, donde vivió hasta la muerte de su esposo, participó en las veladas sociales de la burguesía comercial y conoció a ilustres artistas. Tras el trágico suceso, se mudó a Weimar con la idea de fundar su propio salón, donde se rodeó de los grandes de la literatura alemana del momento. Debido a su amistad con Goethe, atrajo a sus veladas literarias a famosos artistas donde encontraron un espacio de amable sociabilidad alejados de la etiqueta cortesana. En su casa predominaron «las conversaciones y las lecturas públicas, pero además se interpretaba música, se dibujaba (...) y se bromeaba despreocupadamente»¹²⁸ También consecuencia de amistades en común como la del escritor y a pesar de pertenecer a círculos diferentes, la duquesa Anna Amalia y la señora Schopenhauer mantuvieron una amistosa relación.

Los círculos burgueses como el de Johanna Schopenhauer fueron denominados preferiblemente como «té literario» y no «salón», pues fue un término asociado a una clase social elitista marcada por la aristocracia. Este tipo de sociedades de té literarias donde las mujeres actuaron de anfitrionas fueron las que prosperaron en suelo alemán. Otra variante menos extendida fueron los grupos de lectura femeninos caracterizados por

¹²⁵ *Ibidem* p. 89.

¹²⁶ Fundadora de la Royal Academy en 1768.

¹²⁷ Conocida como «María Pávlovna la Joven», fue casada en 1804 con Carlos Federico Sajonia-Weimar-Eisenach.

¹²⁸ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, *op. cit.* p. 92.

su tono didáctico, donde lo habitual fueron las «lecturas comunes de novelas tras un café y un pastel»¹²⁹, en las que la educación se vio como una tarea de índole moral.

En el territorio suizo, la vida social y el disfrute fueron parte de la imagen cultural de la ciudad de Lausana, donde se creó una sociedad al estilo francés mediante «una apasionada correspondencia y en sus reuniones casi diarias»¹³⁰. Entre las damas con salones destacadas de Lausana estuvo Elisabeth Jeanne Pauline Polier de Bottens (1751-1832) conocida como madame de Montolieu. En el salón de la escritora y traductora, la literatura, la música y la conversación caracterizaron su función social y se insertaron dentro de la cultura europea, alimentada en esos momentos por la influencia francesa y creciente presencia inglesa.

La situación en Inglaterra fue completamente diferente, pues apenas hubo salones literarios en el siglo XVIII, aunque su cultura se caracterizó por su antigua tradición propia de la literatura cortesana y el mecenazgo. La labor de los salones franceses fue representada en Inglaterra por los cafés literarios, con una importante diferencia. En estos espacios ingleses no hubo mujeres y los caballeros londinenses actuaron bajo unas frías y estrictas costumbres.

Los acercamientos ingleses a Francia fueron principalmente gracias a la diligencia del conde Anthony Hamilton (1646-1720) que, tras la ejecución de Carlos I, marchó a París donde fue huésped de la duquesa del Maine¹³¹. Y a través del poeta de café Alexander Pope, que convirtió su residencia campestre en una delegación de un café literato, donde reunió con regularidad a intelectuales y amigos para mantener conversaciones de política y arte. A pesar de que la mayoría de los espacios intelectuales fueron exclusivamente masculinos hubo excepciones como los salones de Lady Montagu, Mary Berry y la Condesa de Albany.

Lady Mary Wortley Montagu (1689-1762) fundó su salón literario al estilo francés, a pesar de su crítica actitud hacia las *salonières*. Las conversaciones en su grupo social giraron en torno a temas sociológicos siendo su estrella el poeta Alexander Pope¹³².

La escritora Mary Berry (1763-1852), fue una mujer que destacó en sociedad por su formación intelectual como estudiosa de la economía nacional inglesa y por publicar *La vida social en Inglaterra y Francia*. Mary fundó su salón tras volver de un viaje por Europa en 1817¹³³, convirtiendo su hogar en un espacio donde se conversaron todos los asuntos importantes de Inglaterra y Francia.

La Princesa Luisa Carolina Maximiliana Emmanuela de Stolberg-Gedern (1752-1824) fundó su propia variante de los salones. Desdichada por su unión con Carlos Estuardo, buscó otros intereses fuera del matrimonio y se interesó por los nuevos conocimientos de Newton, Voltaire y Rousseau. La pareja se trasladó a Florencia donde

¹²⁹ *Ibidem*, p. 94.

¹³⁰ *Ib.* p. 95.

¹³¹ *Ib.* p. 96.

¹³² *Ib.* p. 98.

¹³³ *Ib.* p. 100.

la condesa Albany¹³⁴ fundó su salón y conoció al dramaturgo Vittorio Alfieri que se convirtió en su musa. A la muerte del pretendiente al trono inglés, ella se trasladó a París donde durante la Revolución mantuvo una casa abierta en el Hôtel de Bourgogne, espacio donde se mezclaron tintes revolucionarios, tradicionales y jóvenes artistas. Y a finales de siglo regresó a Florencia «donde mantuvo un salón en el que recibía todos los sábados vestida de María Antonieta»¹³⁵. La condesa se consagró como una destacada *salonière* a nivel europeo¹³⁶ gracias a su extensa correspondencia con famosos literatos franceses e ingleses y por sus actividades sociales en Florencia.

Los salones ingleses que nacieron a mitad del siglo XVIII, dieron un espacio donde las mujeres talentosas pudieron desarrollarse apoyadas económica y anímicamente por sus anfitrionas y mecenas. También estos espacios ofrecieron oportunidades de cierta libertad sexual femenina, llegando a darse casos en Londres donde una *salonière* solo tuvo invitados masculinos¹³⁷. Pero a pesar de las excepciones, a términos generales el salón no pudo asentarse en Inglaterra pues los cafés literarios tuvieron mayor empuje entre la sociedad inglesa; fueron otro tipo de sociabilidad cultural limitada a los hombres y desarrollados fuera del domicilio donde las damas no pudieron acceder por cuestiones de virtud.

En la península los salones tuvieron poca repercusión en general, pues en el siglo XVIII imperó el confinamiento femenino en el ámbito privado que alejó a las mujeres de la cultura y política pública de la época. No obstante, una minoría de mujeres de alta cuna lograron sortear la censura sobre su género, accediendo al conocimiento gracias a sus bibliotecas. Educadas y bien formadas, estas damas ejercitaron sus conocimientos interviniendo en la vida pública de manera sutil a través de sus propios salones donde se practicó «la conversación y el trato, la proyección pública, (y) los placeres de la intimidad»¹³⁸.

En el siglo XVIII, las nuevas prácticas sociales ilustradas junto al ascenso al trono de los Borbones impulsaron la adopción de nuevos hábitos y gustos de influencia francesa e italiana que aceleraron la evolución vigente ya desde el siglo XVII. El gusto por la sociabilidad, el trato y la conversación fueron muy apreciados en los ámbitos abiertos ofrecidos por el nuevo urbanismo ilustrado, donde la sociedad se reunió en el paseo del Prado de Madrid; las Alamedas de Valencia o Sevilla; o las Ramblas de Barcelona; así como en las tertulias de las casas particulares, frecuentadas y organizadas en muchas ocasiones en los hogares de las damas¹³⁹.

En la capital española se fundaron los importantes salones madrileños alrededor de influyentes mujeres. Los principales espacios de sociabilidad cultural que se fundaron fueron entorno a la condesa de Lemos, Rosa María del Castro y Centurión (1691-1772)

¹³⁴ Nombre por el que se la conoció entre la nobleza italiana.

¹³⁵ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, op. cit. p. 101.

¹³⁶ Definición otorgada por madame Staël.

¹³⁷ VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos...*, op. cit. p. 133-134.

¹³⁸ MORANT DEUSA, Isabel. *Historia de las mujeres en España...*, op. cit. p. 494.

¹³⁹ *Ibidem*, p. 496.

con su salón bautizado la *Academia del Buen Gusto*; el de la condesa de Montijo, María Francisca de Sales Portocarrero (1754-1808) donde se congregaron entre ilustres invitados algunos miembros del clero; el de la Condesa-Duquesa de Benavente, María Josefa Pimentel y Téllez-Girón (1752-1834) cuyo lugar de reunión fue *El Capricho* y al cual acudían Jovellanos y los literatos como Moratín, Iriarte y Ramón de la Cruz; el de la marquesa de Fuerte Híjar, María Lorenza de los Ríos (1761-1821), la cual dio gran importancia al teatro y se convirtió en escritora de comedias con obras como *El engréido* y *La sabia*; o el de la duquesa de Alba, María Teresa de Silva (1762-1802) orientado a respaldar las costumbres españolas y madrileñas¹⁴⁰.

La sociedad española ilustrada apreció la participación femenina en la sociabilidad siempre con la condición de que respetasen las formas de estar y actuar. De ellas se esperó que fuesen anfitrionas amables, elegantes, discretas, de buenas maneras y que no mostrasen ambiciones intelectuales que dominasen el arte de la conversación¹⁴¹. Dentro de los límites sociales acotados, se reconoció a las damas por su papel en refinar las costumbres en los manuales de civilidad y educación para la nobleza como en *El noble bien educado* (1781) del obispo Antonio Vila y Camps (1747-1809); donde el autor aconsejó a las jóvenes frecuentar los espacios de las damas para aprender de ellas el trato social.



Figura 6. *El pintor Carle van Loo y su familia*¹⁴²

¹⁴⁰ FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad...*, op. cit. p. 260.

¹⁴¹ MORANT DEUSA, Isabel. *Historia de las mujeres en España...*, op. cit. p. 498.

¹⁴² VAN LOO, Louis Michel. *El pintor Carle van Loo y su familia*. Siglo XVIII. Versalles, Francia

2.3. Impulso e inspiración de los salones en la Europa del siglo XVIII

«La conversación racional, la sociabilidad entre hombres y mujeres, el recrearse en los placeres del mundo»¹⁴³ fueron distintivos de la cultura de la Ilustración, aunque hay que tener siempre presente que de igual manera que no hubo Renacimiento y Revolución para las mujeres, tampoco tuvieron Ilustración.

Durante la Ilustración algunos autores ya reafirmaron la inferioridad femenina y la subordinación a los varones, y en consecuencia en el Siglo de las Luces se dieron dos imágenes opuestas sobre las mujeres; los hombres ilustrados buscaron el ideal de mujer sumisa, callada y casta; mientras que las *salonières* fueron independientes, ingeniosas, cultas e incluso libertinas. El papel de los salones hizo que cantidad de pensadores se cuestionasen las «limitaciones tradicionales con respecto a los varones, llegando a cuestionar la validez misma de la tradición»¹⁴⁴. Y en este sentido algunos pensadores ilustrados comenzaron a rechazar la subordinación femenina. A favor de la defensa de la independencia femenina se alzaron voces como la la pedagoga española Josefa Amar de Borbón con *Discurso en defensa del talento de las mugeres y de su aptitud para el gobierno y otros cargos en que se emplean los hombres* (1786); el escritor alemán Theodor Gottlieb von Hippel (1741-1796) con *Sobre el avance cívico de las mujeres* (1792); o la escritora inglesa Mary Wollstonecraft (1759-1797) con *Vindicación de los derechos de la mujer* (1791).

Las *salonières* se adentraron en el territorio masculino de la cultura, el estudio y la política demostrando que con su formación eran tan válidas para la sociedad intelectual como sus compañeros varones. Esta situación antes del siglo XVIII fue temida y condenable, pero el desarrollo de los salones y las influencias de sus anfitrionas tuvieron beneficios para los poderosos cambiando parcialmente la visión. Aun así, fueron duramente condenadas por su supuesto poder sexual con el que se dijo que habían controlado la sociedad como amantes reales¹⁴⁵.

Para finales del siglo XVIII una mujer dedicada al estudio comenzó a ser vista con recelo, solo pudiéndose librar de este sesgo negativo si se dedicaba a tareas que manifestasen su feminidad como era: tener hijos, cuidarlos, ocuparse del hogar, cocinar o coser. En esta situación las mujeres instruidas, como las *salonières* fueron repudiadas en favor de la figura tradicional femenina¹⁴⁶. Al respecto la artista francesa Elizabeth Vigée-Lebrun dijo en sus memorias «las mujeres gobernaban (en el siglo XVIII) y la revolución las destruyó»¹⁴⁷. Las restricciones se volvieron oficiales cuando en Francia a la altura de 1793 la actividad femenina en la política fue prohibida y calificada de antinatural. «Después de 1815, los nuevos códigos de leyes, la prensa, las universidades y un gobierno reformado fueron minando [...] la influencia política y social de las

¹⁴³ ANDERSON, Bonnie S. y ZINSSER, Judith P. *Historia de las mujeres...*, op. cit. p. 135.

¹⁴⁴ *Ibidem* p. 135.

¹⁴⁵ *Ib.*, 141.

¹⁴⁶ Cambio que surgió rápido durante la revolución francesa y las guerras napoleónicas (1789-1815).

¹⁴⁷ ANDERSON, Bonnie S. y ZINSSER, Judith P. *Historia de las mujeres...*, op. cit. p. 143.

salonières»¹⁴⁸, que finalmente acabaron por ser repudiadas moralmente por sus propios invitados e invitadas.

La situación se difundió a nivel europeo y la representación de la *salonière* francesa, fue rechazada influida por las conquistas de Napoleón, a favor de «la virtuosa, casta y pura doncella alemana, rusa o inglesa»¹⁴⁹. Con el comienzo del siglo XIX, las mujeres se adhirieron a las normas impuestas de comportamiento respetable contando con el respaldo social, pero aquellas que, si se atrevieron a traspasarlos para reivindicar derechos tradicionalmente masculinos como la participación política, la educación o los derechos civiles, estuvieron solas. Y si osaron a reivindicar libertad sexual, fueron condenadas y rechazadas.

¹⁴⁸ *Ibidem*, p. 144.

¹⁴⁹ *Ib.*, 144.

Conclusiones

El siglo XVIII se caracterizó por múltiples aspectos, algunos remarcables fueron el nuevo acceso a la cultura, la tendencia a la democratización y el derecho a la educación que les fue otorgado a las mujeres.

La educación a la que pudieron acceder las niñas y las jóvenes de los altos linajes del siglo XVIII –tal como se ha reflejado en el trabajo– tuvo fines fundamentalmente utilitaristas, pues se desarrolló orientada al beneficio de las políticas estatales europeas. La Ilustración usó la formación de las mujeres como su instrumento de cambio social, buscando implantar el nuevo prototipo ideal proyectado; donde los ilustrados plantearon que mejorar la educación era equivalente a elevar a la sociedad.

Las teorías de cambio del Siglo de las Luces fueron desarrolladas en los tratados pedagógicos y de civilidad, donde autoras y autores preocupados por la instrucción femenina, añadieron nuevos campos de aprendizaje en la formación de las muchachas, como idiomas o música; y reforzaron las materias de lectura, escritura y religión, planteadas en siglos anteriores. El principal inconveniente que encontraron en la aplicación de sus tratados fue, la falta de instituciones de calidad, y en consecuencia el hogar –espacio donde se venía educando a las pequeñas desde siglos anteriores– y las figuras de la madre y de otras mujeres de la casa se vieron reforzadas en relación con la formación de las niñas.

El renovador acceso educativo privilegiado fue aprovechado por las damas de la aristocracia y la nobleza, que lejos de conformarse con el ideal femenino que se les planteó en los tratados, usaron los nuevos conocimientos adquiridos para su propio desarrollo personal dentro de la sociedad. Aquí la educación que recibieron de niñas fue clave para su propio desarrollo de las facultades intelectuales y morales.

Consecuencia de los cambios sociales y las nuevas formas de sociabilidad, la cultura femenina se transformó en los ambientes aristocráticos y cortesanos durante el desarrollo del Siglo de las Luces. Las mujeres formadas intelectualmente, accedieron al poder político a través de sus propios medios, con la fundación de salones.

Los salones ilustrados surgidos en París, máximos exponentes de la cultura femenina de la época, fueron importantes espacios de sociabilidad donde se desarrolló el arte de la conversación. Estos espacios convirtieron a las mujeres de la aristocracia y la nobleza europea en distinguidas anfitrionas bajo el nombre de *salonières*, y crearon en la privacidad de sus hogares centros de igualitarismo social donde pudieron desarrollar sus talentos, tanto las anfitrionas y como sus ilustres invitadas. Los salones se convirtieron de esta forma en el centro de la vida intelectual y cortesana de las principales capitales europeas, situándose como instituciones femeninas alejadas de las restricciones patriarcales.

Bibliografía

ÁLVAREZ, María Teresa. *Ellas mismas. Mujeres que han hecho Historia contra viento y marea*, Madrid: Esfera, 2003

AMORÓS, Celia y DE MIGUEL, Ana. *Teoría feminista: de la Ilustración a la Globalización, I: De la Ilustración al Segundo Sexo*, Madrid: Minerva Ediciones, 2005.

ANDERSON, Bonnie S. y ZINSSER, Judith P. *Historia de las mujeres: una historia propia*. Volumen 2, Barcelona: Crítica, 1991.

ARAGON, Sandrine «Les “Femmes auteurs, autrices ou auteuses” selon Rétif de la Bretonne» *Etudes Rétiviennes*, 36, 2004.

ARIES, Philippe y DUBY, George. *Historia de la vida privada. El proceso de cambio en la sociedad de los siglos XVI-XVIII*, vol. 5, Madrid: Taurus, 1991.

ARIES, Philippe y DUBY, George. *Historia de la vida privada. La comunidad, el Estado y la familia en los siglos XVI-XVIII*, vol. 6, Madrid: Taurus, 1991.

BERGMAKN, Emilie E. «La exclusión de lo femenino en el discurso cultural del humanismo» University of California, Berkeley. Alicante: Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, 2016.

BNE. Introducción a las obras de consulta. La Enciclopedia Francesa [en línea]. Biblioteca Nacional de España [consulta: 21 junio 2021]. Disponible en: <http://www.bne.es/es/Micrositios/Guias/ObrasReferencia/Enciclopedias/EvolHistorica/EncicloFrancesa/>

BOCK, Gisela. *La mujer en la historia de Europa*, Barcelona: Crítica, 2001.

BOLUFER PERUGA, Mónica «La escritura femenina y la publicación en el siglo XVIII: de la expresión personal a la “República de las Letras”» *Género y Ciudadanía. Revisiones desde el ámbito privado*, Universidad autónoma de Madrid: Instituto universitario de estudios de la mujer. p. 197-223, 1999.

BOLUFER PERUGA, Mónica «Pedagogía y moral en el Siglo de las Luces: las escritoras francesas y su recepción en España», *Revista de historia moderna: Anales de la Universidad de Alicante*, 20, p. 251-292, 2002.

BOLUFER PERUGA, Mónica. *Mujeres e Ilustración. La construcción de la feminidad en la España del siglo XVIII*, Valencia: Institució Alfons el Magnanim, 1998.

BURKE, Peter. «La república de las letras como sistema de comunicación (1500-2000)» *IC-Revista Científica de Información y Comunicación*, 8, p. 35-49, 2011.

CABANAL RODRÍGUEZ, Laura. «Educación femenina en la Edad Moderna: constituciones del colegio de doncellas nobles de Nuestra Señora de los Remedios, Toledo (siglo XVI)» *Estudios Humanísticos. Historia 12*. 2013, p. 127-154.

CALVO MATURANA, Antonio «Una apología femenina de la conquista española de América. Cartas de una peruana, de María Rosario Romero (1792)» *TSN. Transatlantic Studies Network: Revista de Estudios Internacionales*, vol. 5, nº 8, p. 33-39, 2019.

CENARRO, Ángela y ILLION, Régine. *Feminismos. Contribuciones desde la Historia*, Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2014.

CHARDIN, Jean Baptiste Siméon. *La Mère laborieuse (Madre e hija)*. 1740. Museo del Louvre. Francia [consulta 24 junio 2021] Disponible en: <https://collections.louvre.fr/en/ark:/53355/cl010060535>

CRIADO TORRES, Lucía «El papel de la mujer como ciudadana en el siglo XVIII: la educación y lo privado» Universidad de Granada.

DE TROY, Jean François. *La lectura de Molière*. 1728. Colección privada. [consulta 24 junio 2021] Disponible en: <https://www.meisterdrucke.es/impresion-art%C3%ADstica/Jean-Fran%C3%A7ois-de-Troy/154767/La-lectura-de-Moliere.-c.1730.html>

DEWALD, Jonathan, *La Nobleza Europea 1400-1800*. Valencia: Pre-Textos, 2004.

FARGE, Arlette y ZEMON DAVIS, Natalie. *Historia de las mujeres. Tomo III: Del Renacimiento a la Edad Moderna*. Madrid: Taurus, 1992.

FRAGONARD, Jean Honoré. *Muchacha leyendo*. 1769. Galería Nacional. Londres. [consulta 19 junio 2021] Disponible en: <https://www.nga.gov/collection/art-object-page.46303.html>

FRANCO RUBIO, Gloria y PÉREZ SAMPER, María Ángeles. *Herederas de Clío: mujeres que han impulsado la Historia*, Sevilla: Mergablum, 2014.

FRANCO RUBIO, Gloria y RIVERO RODRÍGUEZ, Manuel. [MASOPA]. «Seminario: La educación femenina en la Edad Moderna». 11 febrero 2021. [Vídeos de YouTube] <https://www.youtube.com/channel/UCNkBT06OYeLlF_47GL7ZCg> [Consulta: 8 junio 2021]

FRANCO RUBIO, Gloria. «La Historia de las Mujeres en la historiografía modernista española» *Spagna e Italia in Età moderna: storiografie a confronto*, p. 39-70, 2009.

FRANCO RUBIO, Gloria. *Cultura y mentalidad en la Edad Moderna*, Sevilla: Mergablum, 1998.

GARCÍA MARTÍNEZ, Francisco. «Salonières: Mujeres que crearon sociedad en los salones ilustrados y románticos de los siglos XVIII y XIX» VII Congreso virtual sobre Historia de las Mujeres. 15 al 31 de octubre 2015.

GONZÁLEZ SANDE, Mercedes. «El florecimiento cultural de las mujeres en el siglo XVIII italiano» *Revista de la Sociedad Española de Italianistas* 11, p. 165-175, 2015-2017.

HERTZ, Deborah «Salonières and Literary Women in Late Eighteenth-Century Berlin» *New German Critique*, 14, p. 97-108, 1978.

LEMONNIER, Anicet Charles Gabriel. *Lectura de la tragedia del orfelino de la China, de Voltaire, en el salón de madame Geoffrin*. 1755. Castillo de Malmaison. Francia. [consulta 19 junio 2021] Disponible en: https://www.wga.hu/html_m/l/lemonnie/geoffrin.html

LÓPEZ-CORDÓN CORTEZO, María Victoria. *Condición femenina y razón ilustrada: Josefa Amar Borbón*, Zaragoza: Prensas Universitarias de Zaragoza, 2005.

MADRUGA BAJO, Marta. *Feminismo e Ilustración. Un seminario fundacional*. Madrid: Cátedra, 2020.

MALO BARRANCO, Laura. *Nobleza en femenino. Mujeres, poder y cultura en la España Moderna*, Madrid: Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 2018.

MONTALVO MARECA, Sergio «Un diálogo inédito sobre educación femenina: Espejo de ilustres y perfectas señoras» *La Lupa y el Prisma. Enfoques en torno a la literatura hispánica*, 2019, p. 213-227

MONTENEGRO PICO, Lucia. «Rosa María de Castro y Centurión. A traxectoria no poder dunha muller aristócrata da casa de Lemos» [consulta 14 junio 2021]. Disponible en: <http://culturagalega.gal/album/detalle.php?id=192>

MORANT DEUSA, Isabel. *Historia de las mujeres en España y América latina II. El mundo moderno*. Madrid: Ediciones Cátedra, 2005.

MURILLO, Bartolomé Esteban. Santa Ana enseñando a leer a la Virgen. 1655. Museo Nacional del Prado. España. [consulta 22 junio 2021] Disponible en: <https://www.museodelprado.es/coleccion/obra-de-arte/santa-ana-enseando-a-leer-a-la-virgen/f10dc28e-3273-4b71-a67d-ad120e14a2d3>

NAVA RODRÍGUEZ, María Teresa. *La educación en la Europa moderna*, Madrid: Síntesis, 1992.

ORTEGA LÓPEZ, Margarita (1988) «La educación de la mujer en la Ilustración española», *Revista de educación*, 1, p. 303-325.

PÉREZ CANTÓ, Pilar y MÓ ROMERO, Esperanza (2005), «Las mujeres en los espacios ilustrados», *Signos históricos*, 13, p. 43-69.

RODRÍGUEZ PACIOS, Adelina (2007) «La educación femenina en el siglo XVIII: una revisión del pasado para explicar el presente» *Tavira: Revista de ciencias de la educación*, 23, p. 215-243.

TROTT, David. *Table des femmes auteurs, entrepreneurs et salonnières*, 1999 [en línea]. Disponible: http://homes.chass.utoronto.ca/~trott/fem_aut.htm [Consulta: 23 abril 2021]

VAN LOO, Louis Michel. *El pintor Carle van Loo y su familia. Siglo XVIII*. Versalles, Francia. [consulta 21 junio 2021] Disponible en: [https://www.meisterdrucke.es/impresion-art%C3%ADstica/Louis-Michel-van-Loo/984482/El-pintor-Carle-van-Loo-y-su-familia-Cuadro-de-Louis-Michel-van-Loo-\(1707-1771\)-Siglo-XVIII-Sol.-2x1,56-m-Versalles,-museo-del-castillo.html](https://www.meisterdrucke.es/impresion-art%C3%ADstica/Louis-Michel-van-Loo/984482/El-pintor-Carle-van-Loo-y-su-familia-Cuadro-de-Louis-Michel-van-Loo-(1707-1771)-Siglo-XVIII-Sol.-2x1,56-m-Versalles,-museo-del-castillo.html)

VILLAR SÁNCHEZ, Estefanía. *Defensa de la educación femenina en el siglo XVIII: Josefa Amar y Borbón*. Trabajo de Fin de Grado, Universitat de Barcelona [consulta 12 diciembre 2020]. Disponible en: <http://hdl.handle.net/2445/66566>

VON DER HEYDEN-RYNSCH, Verena. *Los salones europeos: las cimas de una cultura femenina desaparecida*, Barcelona: Península, 1998.